FLAVIO JOSEFO

AUTOBIOGRAFÍA • CONTRA APIÓN

INTRODUCCIÓN GENERAL DE
LUIS GARCÍA IGLESIAS

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
MARGARITA RODRÍGUEZ DE SEPÚLVEDA



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 189

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por PALOMA ORTIZ.

Depósito Legal: M. 1580-1994.

ISBN 84-249-1636-0.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1994. — 6622.

INTRODUCCIÓN GENERAL

I. VIDA DE JOSEFO

1. *Contexto histórico*

Desde el 31 a. C., o quizá más particularmente desde el 27, Roma y sus dominios estaban gobernados por un príncipe. Fue Octavio Augusto el artífice de la transición del régimen republicano al monárquico y en él se inicia la dinastía Julio-Claudia que pervivirá hasta la muerte de Nerón, ya en plena guerra judaica. Unos cien años por junto son los que suman los reinados de los emperadores julio-claudios. El segundo de ellos, tras Augusto, fue Tiberio, bajo cuyo reinado tuvieron lugar los más transcendentales proceso y ejecución de la historia, precisamente en Palestina: los de Jesús de Nazaret. Los judíos le tuvieron por blasfemo, los romanos por agitador social. Josefo, nuestro autor, no fue contemporáneo de Jesús por pocos años, pues nació al inicio del reinado del príncipe siguiente, Calígula. La vida de nuestro personaje coincidió con los mandatos de este emperador, de Claudio, de Nerón, de Vespasiano [1], de Tito, de Domiciano y... no sabemos más.

---

[1] A Palestina no llegaron efectos de los efímeros reinados de Galba, Otón y Vitelio, los perdedores de la breve guerra civil de la que Vespasiano saldría vencedor.

Cesarea y se convierte ya en cosa segura que tomaba notas en el campamento romano ante Jerusalén[57] y que, nada más llegado a Roma, comenzó a escribir de modo sistemático para justificar el mecenazgo que disfrutaba del Emperador. Como más arriba se dijo, comenzó por redactar en arameo. No sabemos cuándo pudo salir al público esta versión original; a no dudarlo, unos cuantos años antes que la griega. Para verter a la lengua helénica, tuvo Josefo dificultades y necesitó ayuda de colaboradores varios; pero el borrador en griego, sobre el que trabajarían sus ayudantes, tuvo que componerlo él, cosa que le llevaría bastante tiempo. Tanto se demoró la salida definitiva de la *Guerra*, que en el momento de su aparición ya circulaba algún que otro relato del enconado conflicto, muy poco del gusto de nuestro autor[58]. Parece que la publicación del texto griego se produjo al final ya del imperio de Vespasiano[59], entre 75 y 79 d. C. Fecha *post quam* es la de 75, pues en este año se produjo la erección del *Templum Pacis*, que aparece mencionada ya en el texto de Josefo[60]. Fecha *ante quam*, la de la muerte del primer emperador Flavio, pues es seguro que Vespasiano conoció el texto[61]. A lo más, cabría decir que Vespasiano pudo tener copia con anterioridad a la publicación propiamente hablando; ésta, en cualquier caso, hubo de tener lugar antes de 81, año de la muerte prematura de Tito.

---

[57] *Contra Apión* I 49.

[58] *Guerra* I 1-2, y *Antigüedades* I 4.

[59] Ver RAJAK, *Josephus*, pág. 195.

[60] *Guerra* VII 158.

[61] En *Autobiografía* 361, dice Josefo que entregó su texto a los emperadores; se refiere a Vespasiano y a su hijo Tito, asociado al trono desde 71.

2. «*Antigüedades de los judíos*»

Es éste el más voluminoso de los escritos de Josefo. Estamos ante un extenso tratado en veinte volúmenes sobre la historia del pueblo de Israel desde los orígenes hasta empalmar con la parte inicial de la *Guerra*. Precisamente lo que hace aquí Josefo es tratar aquello que, por excesivamente remontado en el tiempo, le parecía fuera de lugar incluir como pórtico de su anterior obra[62]: la vieja historia de los judíos, su origen como nación y sus avatares de siglos. La intención es clara: evidenciar la gran antigüedad de los israelitas, que es tanto así como demostrar su excelencia y nobleza. El título original es *Ioudaikè archailogía,* en traducción latina *Antiquitates iudaicae,* de donde deriva la manera usual por que se le conoce entre nosotros. Preciso es entender «arqueología» en el sentido primigenio del término: relato de la historia más remota[63]. Así se aplica en referencia a los capítulos primeros de Tucídides y en el título del trabajo histórico de Dionisio de Halicarnaso: *Romaikè archaiología.* En este caso la designación ordinaria de la obra de Josefo responde a la pensada por el propio autor.

Los veinte libros de este largo escrito son de extensión diferente, aunque dentro de un cierto equilibrio general. Los editores organizan cada uno de ellos en un número variable de capítulos y parágrafos, que oscilan respectivamente entre los ocho y los veintidós y entre los doscientos sesenta y ocho y los cuatrocientos noventa y uno. El libro I se abre con un prólogo en el que el autor explica sus propósitos y sus razones, así como la básica dependencia bíblica de sus pági-

---

[62] *Guerra* I 17.

[63] Sobre los valores del término y sus concreciones helenísticas, A. MOMIGLIANO, «Ancient history and the antiquarian», *Studies in Historiography,* Londres, 1967, págs. 3-4.

que Dios ha decidido favorecer al gran Imperio dominador. El Dios providente de Josefo no es ni reservado ni traicionero; bien al contrario, nunca deja de comunicar mediante signos las alternativas siempre fundadas de su voluntad [108]. En esto es nuestro personaje un hijo del Libro, pero claramente en versión farisea.

La gran lección que Josefo extrae y comunica es la grandeza de Dios como modelo, el mejor, para el hombre. En el fondo, Josefo es un moralista; y habría ejercido de tal de manera más expresa, si hubiera podido escribir alguna de las obras que tenía en proyecto. El resultado de su quehacer como historiador es lo más lejano de la imparcialidad, porque el providencialismo tal cual lo asume el escritor judío es un sólido cimiento para convertir la estructura mental básica sobre la que se apoya en voluntad divina y, por lo tanto, en incontrovertible certeza. Así, Josefo es a la postre puro dogmatismo, que impregna cuanto escribe, y su pretextado servicio a la verdad histórica, que le lleva al convencimiento de que es imposible hacerlo mejor [109], acaba en imparcialidad imposible [110]. Su principal y más admirado modelo, Tucídides, queda absolutamente traicionado.

---

[108] *Guerra* VI 310. Sobre los signos en Josefo, P. FORNARO, *Flavio Giuseppe, Tacito e l'Impero*, Turín, 1980, págs. 25 ss., y O. BETZ, «Miracles in the writings of Flavius Josephus», en FELDMAN, HATA (eds.), *Josephus, Judaism and Christianity*, págs. 212-235.

[109] Ver lo que dice en *Antigüedades* XX 262.

[110] Quizá la distinción entre verdad histórica y objetividad a cuenta de Josefo constituya un exceso de sutilidad en HADAS-LEBEL, *Flavius Josèphe*, pág. 247. Me da la impresión de que Josefo no sólo reclama la primera sino que, de haber podido, habría reclamado la segunda. Lo que sí es cierto es que nuestro autor pretexta atenerse a la verdad histórica y ante el crítico moderno se presenta como lo contrario del historiador objetivo.

6. *Método histórico*

Para los contenidos que le interesan, en gran parte muy lejanos de lo que es la tradición helénica, sin perjuicio del providencialismo de raigambre judaica que informa su modo de interpretar la concatenación de los hechos, Josefo emplea una expresión formal típicamente griega, al menos para los dos relatos grandes, los históricos, ya que *Autobiografía* y *Contra Apión* son en ellos mismos escritos carentes de estrictos paralelos en la tradición clásica precedente. Nuestro autor se atiene al modelo historiográfico griego y utiliza un griego de *koiné* muy respetuoso con sus antecedentes áticos. Posiblemente gracias a la ayuda de sus colaboradores de redacción y estilo, la lengua que Josefo maneja es lo bastante rica y ajustada, ornada incluso de reminiscencias y expresiones hechas o sentenciosas, como para que sea legítimo hablar de suficiente calidad formal. No es Josefo de los que se conforman con comunicar lo que se quiere sin preocupación por la forma de hacerlo; como en algún lugar manifiesta, en referencia a la recomposición de acontecimientos remotos y nebulosos, tanto importa acertar con un estilo que haga agradable la narración como atenerse a la verdad de los hechos [111]. Es el afán por que el estilo resulte cuidado y hasta elegante, en la medida de lo posible, lo que llevó a Josefo a utilizar ayudas, pese a que su conocimiento de la lengua helénica hubo de alcanzar cotas de suficiencia y a que sus lecturas llegaron a ser muy vastas [112].

Aunque algunos adornos de su prosa pueden deberse al saber hacer de sus ayudantes de estilo, no sería justo privar a Josefo de cualquier mérito formal. Aunque uno de ellos, por ejemplo el auxiliar convencionalmente llamado «tucidi-

[111] *Antigüedades* XIV 2-3.

[112] Ver lo que dice en *Antigüedades* XX 263.

los impregna; aprecia la coherencia y desecha cuanto da pruebas de contradicción o anacronismo; antepone el documento a la opinión y entiende que la verdad religiosa apuntala mejor que el error una determinada presentación de hechos; acepta como salida válida la composición de testimonios o síntesis de distintos, y por último, de una serie de mecanismos críticos susceptible todavía de alargarse más, confiere un gran peso a lo que la teoría moderna de la historia denomina atestación múltiple.

7. *El «Testimonio Flaviano»*

Preciso es decir algo, aunque sea brevemente, sobre una cuestión que ha hecho correr mucha tinta durante siglos y sigue siendo todavía una de las piedras de toque de la crítica aplicada a los textos que nos han llegado a nombre de Josefo. Me refiero al problema que constituye el tradicionalmente denominado *Testimonium Flavianum*. Josefo nació muy pocos años después —tal vez siete, quizá sólo cuatro— del proceso y muerte de Jesús, que tuvieron lugar en su misma ciudad, Jerusalén. Creció, pues, y se inició en el judaísmo activo cuando la memoria del rabí de Nazaret, su predicación y los acontecimientos que tuvieron que ver con su final, estaba todavía intacta y sin duda era objeto de conversación y de juicio. Fue riguroso contemporáneo del nacimiento del cristianismo y en concreto de la comunidad primitiva de Jerusalén. Conoció sin duda a los discípulos del ejecutado, proclamado por muchos como mesías resucitado. Es indudable que Josefo estaba muy interesado por las sectas judías de su tiempo —él mismo habla de búsqueda personal entre ellas—, y no menos cierto es que el cristianismo es en origen un movimiento surgido en el propio judaísmo. Dado que nuestro autor escribe sobre la historia del judaísmo

de su tiempo, incluidas las sectas, podemos preguntarnos si de su cálamo salió algo referente al cristianismo embrionario, sus personalidades y los hechos relacionados. El texto transmitido de las obras de Josefo ahí está, pero sabido es que puede haber mucha distancia entre lo escrito por un autor y lo que al final nos lega la tradición manuscrita. Interesa saber lo que hubo en los originales josefeos que tenga que ver con el cristianismo, si es que hubo algo. En caso afirmativo, importaría saber qué exactamente. Si nada escribió al respecto, se impone la pregunta de por qué guardó silencio.

En el libro XVIII de *Antigüedades*, precisamente el mismo en que dedica largo pasaje a las sectas judías y recoge algunos hechos de Poncio Pilato, tenemos una referencia a Jesús: el *Testimonium Flavianum* en sentido estricto; un pasaje ensalzatorio del nazareno [121]. En el XX está el episodio de Santiago, el tempranamente ejecutado primer responsable de la iglesia de Jerusalén, en el que hay mención marginal de Cristo [122]. Pero esto que encontramos en los códices, ¿se debe al propio Josefo o es interpolación posterior de un piadoso copista cristiano [123]? El problema se complica, cierto que no en exceso, con la pluralidad de alusiones al cristianismo que nos ofrecen las diferentes versiones de la *Hálosis,* como es el caso de la veterorrusa. Este material fuerza a un juego

[121] *Antigüedades* XVIII 63-64.

[122] *Ibid.,* XX 200.

[123] El estado de la cuestión en Z. BARAS, «*Testimonium Flavianum:* the state of recent scholarship», en M. AVI-YONAH, Z. BARAS (eds.), *World History of the Jewish People,* VIII: *Society and Religion in the Second Temple Period,* Jerusalén, 1977, págs. 303 ss. y 378 ss., y del mismo, «The *Testimonium Flavianum* and the martyrdom of James», en FELDMAN, HATA (eds.), *Josephus, Judaism and Christianity,* págs. 338-348. Ver también FELDMAN, «Josephus revisited», en HAASE (ed.), *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt,* II, 21, 2, págs. 821-838.

Oriente influyó Josefo en los círculos culturales cristianos del alto medievo occidental, pero es evidente que también en esta otra parte se le aprecia y, aunque sea por traducción latina o indirectamente a través de las citas de Eusebio, se le utiliza. Más adelante mencionaremos las iniciativas traductoras de Rufino y de Casiodoro; ahora podemos aludir, junto con el mismo Casiodoro, a San Isidoro de Sevilla y, más todavía, a San Beda el Venerable, deudor muchas veces de las *Antigüedades.*

No hubo cambios notables al respecto de lo que decimos en la Edad Media avanzada, salvo uno, que supone real y destacable novedad: los judíos comienzan a interesarse por su antiguo correligionario. Por lo demás, Josefo siguió gozando en todas partes de bastante popularidad. Proliferaban los manuscritos en Oriente y Occidente. La época de las Cruzadas, de miras puestas en Tierra Santa, tiene a Josefo, y es fácil comprenderlo, como breviario y guía, pues no en balde aportaba información nutrida sobre Palestina [140]. Y la importancia de nuestro autor como informador y modelo para la historiografía medieval es incontestable [141]. En concreto, la *General Estoria* de Alfonso X el Sabio hace gran empleo de Josefo [142]. Álvaro de Córdoba conocía y manejaba las versiones latina y hebrea, a saber, el Pseudo-Hegesipo y

historiography in the Fourth Century A. D.», *Essays in ancient and Modern Historiography,* Middletown, 1977, pág. 116.

[140] L. H. FELDMAN, «Flavius Josephus revisited. The Man, his Writings, and his Significance», en HAASE (ed.), *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt,* II, 21, 2, pág. 771.

[141] B. SMALLEY, «Sallust in the Middle Ages», en R. R. BOLGAR (ed.), *Classical Influences on European Culture, A. D. 500-1500,* Cambridge, 1971, págs. 165 y 170.

[142] Al respecto, L. GIL, *Panorama social del humanismo español (1500-1800),* Madrid, 1981, pág. 188.

el *Josippon,* de que se hablará en el siguiente apartado. Cuando más adelante estalla el espíritu humanístico del Renacimiento, Josefo es uno de los autores privilegiados. No sólo se le sigue copiando, pues existen manuscritos de sus obras fechados en el siglo XV, en el XVI y aún más tarde, sino que se le edita, se le lee, se le estudia y se le aprovecha en función de los intereses del momento. Es un autor clásico, es un autor asumido por la tradición cristiana, hace historia providencialista, aporta datos numerosos sobre el viejo Israel y trae, aunque se trate de interpolaciones y glosas, testimonios de interés sobre los orígenes de la Iglesia. Se le valora, en consecuencia. Josefo se encuentra, y no puede extrañar, entre los autores estimados por Chaucer[143], entre los conocidos por Ciriaco Anconitano[144], entre los que han aportado elementos a Dante[145].

Con la escisión que provoca la Reforma, nuestro autor pasa a ser muy pronto y provisionalmente víctima. Martín Lutero conocía muy bien los escritos de Josefo y son no pocas las referencias a ellos que tenemos en los textos del reformador[146]. Esta y similares circunstancias, la vuelta a la vieja costumbre de incluir a Josefo en la Biblia y las sospechas consecuentes a los criptojudaísmos, reales o fantasmas, de algunos países puede explicar que el autor judeorromano pasara a engrosar, todo él o al menos parte, el número de los prohibidos. Desde luego, la *Ratio Studiorum* de los jesuitas, en sus diversos estadios de composición, y los documentos

[143] E. R. CURTIUS, *Literatura europea y Edad Media Latina,* I, Méjico, reimpr. 1981, pág. 370.

[144] J. COLIN, *Cyriaque d'Ancône, le voyageur, le marchand, l'humaniste,* París, 1981, pág. 462.

[145] CURTIUS, *Literatura europea...,* II, pág. 522.

[146] Ver B. HALPERN-AMARU, «Martin Luther and Flavius Josephus», en FELDMAN, HATA (eds.), *Josephus, Judaism and Christianity*, págs. 411-426.

de *Contra Apión*. Como se comprende fácilmente, la tradición epitomística, en principio menos interesante para nosotros, es independiente. La suma de bloques en manuscritos únicos está testimoniada en ejemplares de antigüedad diversa: así, tenemos códices de la modalidad 1+2 desde el siglo XIII; del tipo 2+3 desde el siglo XIII-XIV; de la modalidad 1+3 desde el siglo XI-XII; y de la modalidad 1+2+3 desde el siglo XIV. Las composiciones de bloques en códices unitarios resultan, pues, ser intentos en principio anteriores a la filología renacentista.

Los manuscritos griegos de Josefo más importantes, bien sea por su antigüedad, bien sea por su calidad, bien sea por lo que contienen o por contar con colaciones completas utilizadas en las ediciones críticas que existen, son los siguientes[171]: el *Lipsiensis gr.* 16 [361], de los siglos IX-X, de la modalidad 2; el *Vaticanus gr.* 148 (V y B), de los siglos X-XI, con los bloques 1 y 3; el *Vaticanus gr.* 147 (V)[172], de los siglos XIII-XIV, tipo 2+3; el *Lipsiensis gr.* 37 [783], de los siglos X-XI y del tipo 4; el *Palatinus gr.* 284 (R), del siglo XI y del tipo 1; el *Oxoniensis Novi Collegii* 44 (NC), del siglo XI, de la modalidad 3; el *Urbinas gr.* 84 (C), del siglo XI, tipo 1; el *Parisinus gr.* 1429, del siglo XI y del tipo 1; el *Parisinus gr.* 1425 (P), de los siglos X-XI y de la modalidad 1; el *Parisinus gr.* 1419 (P), del siglo XI, tipo 2; el *Parisinus gr.* 1421 (R), del siglo XIV y del tipo 3; el *Chentalhamensis* 6459 (T), de los siglos XI-XII y del tipo 1+3; el *Vindobonensis hist. gr.* 20 (S), del siglo XI, de la modalidad 2; el *Ambrosianus* 234 (A), del siglo XI y del tipo 1+2; el *Ambrosianus* 370 (A),

---

[171] Véanse datos más completos en SCHRECKENBERG, *Die Flavius-Josephus-Tradition*, págs. 10-51.

[172] De los dos *Vaticani*, el primero lleva sigla V para *Guerra* y el segundo la misma sigla para *Antigüedades*. Para la parte de este último escrito del *Vaticanus gr.* 148 se utiliza la sigla B.

del siglo XI y del tipo 3; el *Laurentianus* 69, 22 (L), siglo XI y modalidad 4, del que deriva el resto de la tradición manuscrita del *Contra Apión*, por lo tanto, testigo único; el *Laurentianus* 69, 19 (L)[173], del siglo XII y de la modalidad 1; el *Marcianus* 383 (M y B), siglo XII y modalidad 1+3, y *Bodleianus* 186 (O), del siglo XV y del tipo 2+3. Los manuscritos de la modalidad 1, aquellos que recogen el texto de la *Guerra*, admiten asignación a dos grupos, a saber, uno, el mejor, formado por A, P, L y M, y otro al que pertenecen R, V y C, aunque M, L y C evidencian conatos de contaminación. Para *Antigüedades*, la mejor tradición es la representada por R y O. Sin embargo, para la *Autobiografía* que sigue de apéndice Niese prefirió seguir la pauta de P, que es el manuscrito más antiguo. Sobre todos estos códices citados, salvo aquellos que no llevan su correspondiente sigla, han establecido principalmente los editores los textos críticos desde Niese, de forma más o menos ecléctica.

En España tenemos tres manuscritos de Josefo, dos en El Escorial, descritos por G. de Andrés en su catálogo, y uno en la biblioteca del Pilar de Zaragoza. Se trata del *Escurialensis gr.* 307, muy tardío (siglo XVI), del *Escurialensis gr.* 462, del siglo XII, y del *Caesaraugustanus*[174] 253; el primero y el tercero pertenecientes al grupo mixto 2+3, y el segundo que conserva parte correspondiente al bloque 2. El *Escurialensis gr.* 307 contiene las *Antigüedades* completas más la

---

173 Ambos *Ambrosiani* y los dos *Laurentiani* llevan la misma sigla, respectivamente A y L, porque se utilizan para ediciones distintas; unos para la *Guerra*, otros para ambas partes de *Antigüedades* y otro para el *Contra Apión*. Aplíquese similar razón al hecho de que dos *Parisini* lleven sigla P y otro *Parisinus* comparta sigla R con un *Palatinus*.

174 Podemos denominarlo así, entiendo, aunque SCHRECKENBERG, *Die Flavius-Josephus-Tradition*, págs. 41-42, lo registra como «*Saragossa Nr. 253*».

NOTA A LA PRESENTE TRADUCCIÓN

En nuestra traducción de la *Autobiografía* hemos seguido el texto establecido por A. Pelletier en su edición de «Les Belles Lettres» (París, 1983). En los escasos pasajes en que diferimos del texto citado lo hacemos constar en notas a pie de página.

La *Autobiografía* relata el período de la vida de Josefo en que ejerció las funciones de general gobernador de Galilea, sin llegar a dar cuenta del episodio conocido por la *Guerra de los Judíos:* el sitio de Jotapata, al final del cual Josefo se entrega al general romano Vespasiano. La *Autobiografía* y la *Guerra de los judíos* son dos relatos paralelos escritos con veinte años de distancia, el uno en primera persona y el otro en tercera. Por ello, en numerosas notas hemos indicado las similitudes o discrepancias entre estas obras.

Con el fin de facilitar al lector la localización y consulta de nombres propios hemos confeccionado un índice de los mismos con las correspondencias oportunas, siendo objeto de comentario a pie de página los nombres más relevantes. En un mapa hemos reflejado la mayoría de los topónimos mencionados por Josefo en la *Autobiografía.*

Para la traducción del *Contra Apión* hemos seguido el texto establecido por Th. Reinach («Les Belles Lettres», París, 1921). Esta obra es una apología del judaísmo donde

AUTOBIOGRAFÍA

Genealogía

No es la mía una familia carente de distinción, sino que desciende de los sacerdotes. Cada pueblo tiene un signo de nobleza, y así, entre nosotros, la participación en el sacerdocio es prueba de un linaje ilustre. 1
Y mi familia no sólo proviene de sacerdotes sino también de 2
la primera de las veinticuatro clases (y en esto la diferencia es grande) y de la más noble de sus tribus[1]. Soy, además, de estirpe real por mi madre, pues los descendientes de Asmoneo[2], sus antepasados, fueron sumos sacerdotes y reyes de
nuestro pueblo durante muchísimo tiempo. Relataré la suce- 3
sión: fue nuestro tatarabuelo Simón, apodado el Tartamudo, que vivió en la época en que era sumo sacerdote el hijo de Simón, el primero de los sumos sacerdotes que ostentó el
nombre de Hircano. Simón el Tartamudo tuvo nueve hijos, 4
entre ellos Matías, llamado hijo de Efeo. Éste se casó con una hija del sumo sacerdote Jonatán, el primer hijo de

[1] Según el libro bíblico *I Crónicas* 24, 7, el rey David había censado y dividido en clases la tribu de Leví. Dentro de ésta, los descendientes de Aarón fueron distribuidos por sorteo en veinticuatro clases, la primera la de Jehoyarib. En *Antigüedades* VII 366, Josefo dice que en su época esta división sigue vigente, pero en *Contra Apión* II 108 habla solamente de cuatro.

[2] Antepasado de los Macabeos o Asmoneos que dio nombre a la dinastía que reinó en Palestina del 134 al 37 a. C.

14 para que dieran explicaciones al César[15]. Yo deseaba encontrar el modo de salvarlos, sobre todo sabiendo que, ni siquiera en la desgracia, en ningún momento habían olvidado su piedad hacia Dios y se alimentaban de higos y nueces[16], y llegué a Roma después de una travesía plagada de peligros.
15 Resulta que nuestra nave naufragó en medio del Adriático[17]; éramos unos seiscientos y nadamos toda la noche. Al amanecer, gracias a la providencia divina, apareció ante nosotros una nave de Cirene. A mí y a algunos más, en total unos ochenta, que nos adelantamos al resto, nos subieron a bordo.
16 Ya a salvo en Dicearquía, a la que los italos llaman Puteoli[18], entablé amistad con Alítiro, un actor de familia judía muy estimado por Nerón. Por medio de él fui presentado a Popea[19], la mujer del César, y sin demora me ocupé de solicitarle la liberación de los sacerdotes. Cuando hube obtenido de Popea, además de ese favor, considerables obsequios, regresé a mi patria.

Intentos de rebelión

4 17 Allí me encontré ya las primeras revueltas y a muchos que estaban exaltados con la idea de rebelarse contra Roma. Entonces intenté calmar a los agitadores y convencerlos de que cambiaran de actitud, haciéndoles ver contra quiénes se iban a enfrentar: ellos no sólo eran inferiores a los romanos en experiencia bélica, sino

[15] Nerón.

[16] Para evitar comer la carne sacrificada sobre los altares paganos. Cf. *I Corintios* VIII.

[17] Josefo parece que intenta comparar su naufragio con el de San Pablo (cf. *Hechos de los Apóstoles* 27). El viaje de San Pablo se sitúa en el año 60 ó 61, tres o cuatro años antes que el de Josefo.

[18] Puerto cercano a Nápoles, donde también desembarcó San Pablo (cf. *Hechos de los Apóstoles* 28, 13).

[19] Simpatizante de la fe judía.

también en buena fortuna; les aconsejaba que no expusieran 18
precipitadamente y con absoluta irreflexión a su patria, a su
familia y a sí mismos a los peores peligros. Les hablaba así 19
e insistía abiertamente para disuadirlos, pues preveía que el
desenlace de la guerra sería desastroso para nosotros; pero
no logré convencerlos: fue mucho más fuerte la locura de los
insensatos.

Pero temiendo que, si insistía en estos razonamientos, 20 5
acabaría por despertar en ellos el odio y la sospecha de estar
de parte del enemigo, y para no arriesgarme a que me
apresaran y me mataran, como la fortaleza Antonia estaba
ya ocupada[20], me retiré al atrio interior del Templo. Cuando 21
Menahén y los jefes de la partida de bandidos fueron ejecu-
tados[21], salí del templo y me reuní con los sumos sacerdotes
y los principales de los fariseos. Estábamos muy alarmados 22
viendo al pueblo en armas, y, por lo demás, nosotros no
sabíamos qué hacer y éramos incapaces de controlar a los
rebeldes. Ante un peligro tan evidente, les decíamos que
estábamos de acuerdo con sus planes, pero les aconsejábamos
que mantuvieran la calma y dejaran que fuera el enemigo
quien atacara, a fin de que se nos pudiera reconocer que
tomábamos las armas en legítima defensa. Actuábamos de 23
esta manera esperando que Cestio[22] llegara pronto con un
gran ejército y pusiera fin a la insurrección.

---

[20] La torre Antonia, situada en el ángulo noroeste del Templo, estaba construida sobre una roca de veintidós metros de altura y rodeada de precipicios. Era obra de Herodes el Grande que la llamó así en honor de Marco Antonio.

[21] Menahén estaba al frente de un grupo de rebeldes que se oponían a Roma y fue ejecutado por una facción rival, encabezada por el sacerdote Eleazar. Cf. *Guerra de los judíos* II 433-448.

[22] Gobernador de Siria.

reconstruyó fortificándola y dotándola de murallas para su seguridad futura.

Gamala. Matanza de los judíos babilonios

II 46 Gamala, en cambio, se mantenía fiel a los romanos por el siguiente motivo: Filipo, hijo de Jácimo, lugarteniente del rey Agripa, que había escapado milagrosamente con vida del asedio del palacio real de Jerusalén, vino a caer en otro peligro, el de morir a
47 manos de Menahén y sus bandidos[29]; pero unos babilonios parientes suyos, que se encontraban en Jerusalén, impidieron que los bandidos cometieran el crimen. Filipo esperó allí cuatro días y, al quinto, con una peluca postiza para no ser reconocido, escapó. Al llegar a una de las aldeas de su jurisdicción, situada en los límites de la fortaleza de Gamala, mandó llamar a algunos de sus hombres para que se reunieran
48 con él. Pero afortunadamente la providencia obstaculizó su plan, ya que, de no haber sido así, él, sin duda alguna, hubiera perecido. Aquejado de un repentino acceso de fiebre, escribió una carta a los jóvenes Agripa y Berenice[30] y por
49 medio de uno de sus libertos se la envió a Varo[31]. Éste era, en aquella época, administrador del reino; había sido nombrado por los reyes, que se habían marchado a Beritos[32]
50 para encontrarse con Cestio. Varo, al recibir la carta y enterarse de que Filipo había escapado con vida, lo llevó muy a mal, pensando que los reyes prescindirían de sus servicios cuando Filipo regresara. Entonces hizo comparecer ante el pueblo al portador de la carta y le acusó de haberla falsificado; dijo que mentía al afirmar que Filipo estaba en

---

[29] Cf. *Guerra judía* II 556 ss., 433 ss.

[30] Los hijos de Agripa I.

[31] Llamado Noaro en *Guerra de los judíos* II 481 y ss.

Jerusalén luchando al lado de los judíos contra los romanos
y lo hizo matar. Como el liberto no regresaba, Filipo, que 51
no alcanzaba a comprender el motivo, envió a un segundo
mensajero con otra carta y para que le informara de lo que
había sucedido con el primero, ya que tardaba tanto. Pero 52
también a este liberto, en cuanto llegó, Varo le acusó falsa-
mente y lo mandó asimismo matar. A Varo le hacían concebir
ilusiones los sirios de Cesarea, quienes le aseguraban que
Agripa moriría a manos de los romanos por las acusaciones
de los judíos y que él, por ser descendiente de reyes, ocuparía
el trono. La estirpe real de Varo era, efectivamente, recono-
cida por todos, como descendiente de Soemo, tetrarca del
Líbano. Envanecido con estas pretensiones, Varo guardó las 53
cartas, procurando que el Rey no llegara a conocerlas, y
puso vigilantes en todas las salidas de la ciudad para que
nadie pudiera escapar e informar al Rey; además, para
agradar a los sirios de Cesarea, mandó matar a muchos
judíos.

Con la ayuda de los habitantes de Traconítide de Batanea 54
decidió también alzarse en armas contra los judíos babilonios
—así los llaman— de Ecbatana[33]. Convocó a los doce judíos 55
más reputados de Cesarea y les ordenó que fueran a Ecbatana
y dijeran a sus compatriotas de allí: «Varo ha oído que tenéis
intención de levantaros contra el Rey; aunque él no lo cree,
nos ha enviado para convenceros de que depongáis las armas;
esto sería para él la prueba de que tiene razón, al no creer lo

[32] La actual Beirut.

[33] Batanea, hoy Bashan, y la región oriental de Traconítide estaban expuestas a las incursiones de los árabes. Para proteger esta región que era la ruta directa de Babilonia a Jerusalén, Herodes el Grande había establecido en Batanea una colonia de judíos babilonios bajo la autoridad de Zamaris, abuelo de Filipo (cf. *Antigüedades* XVIII 23 ss.). Ecbatana es una de las fortalezas de esta región. Cf. *Guerra de los judíos* II 481 ss.

pues había visto que algunos techos estaban revestidos de
67 oro. Contra nuestra voluntad, hicieron un considerable saqueo. Después de nuestra entrevista con Capela y las autoridades de Tiberíade, salimos de Betmaus con dirección a la Alta Galilea. Jesús y los suyos mataron a todos los residentes griegos que antes de la guerra habían sido sus enemigos.

3 68 Al tener noticia de ello, me indigné mucho y, bajando hasta Tiberíade, me esforzé en rescatar de manos de los asaltantes cuanto pude del mobiliario del palacio, a saber: candelabros corintios, mesas reales y una cantidad considerable de plata sin acuñar. Decidí guardar para el Rey todo
69 lo recuperado. Mandé llamar a los diez principales del Consejo y a Capela, hijo de Antilo, y les confié los objetos recuperados con la advertencia de no entregarlos a nadie excepto a mí.

Las trapacerías de Juan de Giscala

70 Desde allí, me dirigí con mis compañeros a Giscala para encontrarme con Juan, pues quería averiguar cuál era su postura; enseguida descubrí sus ansias revolucionarias
71 y sus ambiciones de poder. Me pidió autorización para llevarse el trigo del César, que estaba depositado en las aldeas de la Alta Galilea; decía que quería emplear el producto de su venta para reconstruir los muros de su
72 ciudad natal. Pero yo, al darme cuenta de su maniobra y de lo que intentaba hacer, le dije que no era posible; y puesto que la comunidad de Jerusalén me había confiado la responsabilidad de los asuntos de aquel lugar, tenía intención de
73 guardar el trigo para los romanos o para mí mismo. Como no pudo convencerme a mí, se dirigió a los otros embajadores; éstos, que no tenían ninguna sospecha de lo que podía ocurrir y estaban harto dispuestos a recibir dinero, se dejaron sobornar por Juan y votaron que le fuera entregado todo el trigo almacenado en su región; entonces yo, al quedarme en

minoría frente a dos votos, no hice nada. Todavía añadió Juan 74 otra trapacería más: dijo que los judíos asentados en Cesarea de Filipo[38], cuando fueron hechos prisioneros por su lugarteniente Modio, obedeciendo órdenes del Rey, al no disponer del aceite puro que usaban, le habían enviado a él un mensaje pidiéndole que se ocupara de suministrarles una partida, para no verse obligados a usar el aceite griego y transgredir así las leyes[39]. Juan no decía esto por religiosidad, sino por 75 una evidente codicia: sabía que allí, en Cesarea, los dos sextarios[40] se vendían por una dracma mientras que en Giscala, los ochenta sextarios, por cuatro; envió pues a Cesarea toda la provisión de aceite, dando a entender que lo hacía con mi autorización. Yo le había dado permiso, 76 no por mi gusto, sino por miedo a que me lapidase el pueblo si lo impedía. El caso es que yo consentí y gracias a ese engaño, Juan consiguió una suma considerable de dinero.

Medidas de Josefo para apaciguar Galilea

Dejé que mis compañeros regresaran de 77 14 Giscala a Jerusalén y yo me ocupé de las armas, los suministros y las fortificaciones de las ciudades. Hice venir a los bandidos más arrojados y, como vi que no había modo de quitarles las armas, convencí al pueblo de que les pagara un sueldo como mercenarios, con el argumento de que era mejor darles voluntariamente un poco de dinero que ver las posesiones sometidas al pillaje sin poder remediarlo.

[38] La antigua Panias, cerca de las fuentes del Jordán, rebautizada Cesarea de Filipo.

[39] A los judíos les estaba prohibido utilizar el aceite extranjero, quizá porque podía estar contaminado por recipientes no purificados. Cf. *Antigüedades* XII 120.

[40] El sextario equivale aproximadamente a medio litro.

el día siguiente era sábado y no quería que los judíos de
160 Tariquea se vieran perturbados por la presencia de la tropa.
En realidad, siempre que me alojaba allí, prescindía incluso
de mi guardia personal, por haber recibido repetidas pruebas
161 de la lealtad de sus habitantes. Pero esta vez, encontrándome
con sólo siete de mis soldados además de mis amigos, no
sabía qué hacer; mandar llamar a mis tropas no me parecía
oportuno, dado que el día estaba tocando a su fin y, aunque
acudieran, tampoco podrían tomar las armas al día siguiente
porque lo prohibían nuestras leyes[63], por urgente que pare-
162 ciese la necesidad. Por otro lado, aunque permitiera a los
tariqueos y a los residentes extranjeros saquear Tiberíade,
veía que no eran suficientes para ello y que además eso
retrasaría mi partida, ya que —pensaba yo— llegarían antes
163 las tropas del Rey y me expulsarían de la ciudad. Entonces
decidí emplear una estratagema contra aquéllos. Al instante,
puse a mis amigos más fieles a las puertas de Tariquea con
la misión de controlar estrictamente a quien intentase salir;
mandé llamar a los jefes de las familias y les ordené que cada
uno botara un barco con su piloto y me siguiera hasta
164 Tiberíade. Yo mismo, con mis amigos y los soldados que,
como he dicho, eran siete, embarqué con rumbo a Tibe-
ríade.

Estratagema de Josefo contra Tiberíade

165 Cuando los tiberienses comprobaron que
el ejército del Rey no llegaba y vieron
todo el lago lleno de naves, temieron por
su ciudad y, espantados ante la idea de
que los barcos llevasen un gran número de
166 soldados, cambiaron sus planes. Arrojaron las armas y,
con mujeres y niños, salieron a mi encuentro aclamándome

---

[63] Cf. *I Macabeos* 2, 34 ss.

con grandes alabanzas (no imaginaban que yo estuviera enterado de sus intenciones). Me rogaban que tuviera compasión de su ciudad. Cuando estuve cerca, ordené a los pilotos 167
echar las anclas lejos aún de la orilla para evitar que los tiberienses pudiesen comprobar que en los barcos no iban soldados; entonces, acercándome en una de las naves, les reproché su insensatez y la facilidad con que, sin ninguna razón justa, habían sido desleales conmigo. No obstante me 168
mostré decidido a garantizarles el perdón si me enviaban a diez notables del pueblo. Obedecieron inmediatamente y enviaron a los hombres que acabo de decir. Los embarqué hacia Tariquea para que fueran encarcelados.

Castigo del agitador Clito

Gracias a esta estratagema conseguí 169 34
apoderarme, poco a poco, de todo el Consejo, y trasladé a los consejeros a la ciudad antes mencionada, junto con la mayoría de los ciudadanos importantes, que eran casi otros tantos. Cuando el pueblo vio la desdichada situa- 170
ción a que habían llegado, me pidió que castigara al responsable de la sedición. Se trataba de un joven audaz e impetuoso llamado Clito. Yo consideraba un crimen dar muerte a un 171
compatriota, pero, obligado a castigarle, encargué a Leví, miembro de mi guardia personal, que le cortara una mano. El hombre que había recibido la orden tuvo miedo de en- 172
frentarse él solo a la multitud, y para que los tiberienses no vieran la cobardía de este soldado, llamé a Clito y le dije: «Puesto que mereces perder las dos manos por haber sido tan ingrato conmigo, sé tu propio verdugo; si no obedeces, sufrirás un castigo mayor». Como me suplicara insistente- 173
mente que le dejara al menos una mano, accedí haciéndome de rogar. Entonces, contento de no perder las dos manos,

cogió una espada y se cortó la izquierda[64]. Eso puso fin a la sedición.

Liberación de los prisioneros de Tiberíade

174 A mi llegada a Tariquea, los tiberienses conocieron la estratagema que había empleado contra ellos y se sorprendieron de que hubiera reprimido su insolencia sin
175 derramamiento de sangre. Hice traer a mi presencia a los prisioneros del pueblo de Tiberíade, entre ellos Justo y su padre Pisto, y los invité a mi mesa. Durante la comida les decía que yo tampoco ignoraba que la potencia militar de los romanos era superior a cualquier otra, pero
176 que no hablaba de ello a causa de los bandidos. Les aconsejé que hicieran lo mismo, a la espera del momento propicio, y sin rebelarse contra mí, su general, pues difícilmente podrían
177 encontrar otro mejor. A Justo le recordé también que antes de mi venida desde Jerusalén, los galileos habían cortado las manos a su hermano, antes de la guerra, ya que le culpaban de falsificar cartas, y que, después de la retirada de Filipo, los gamalitas, sublevados contra los babilonios, habían ma-
178 tado a Cares, pariente de Filipo, y habían torturado salvajemente a su hermano Jesús, el marido de la hermana de Justo. Hablé de todo esto con Justo y sus amigos en el transcurso de la cena, y al romper el día, ordené que fueran puestos en libertad todos los prisioneros.

[64] Cf. *Guerra de los judíos* II 642-44, donde el relato presenta algunas diferencias.

Encuentro de Filipo con Agripa

Poco antes de estos sucesos, Filipo, hijo 179 36
de Jácimo, había salido de la fortaleza de
Gamala por la siguiente razón[65]: Al ente- 180
rarse de que Varo había sido depuesto por
el rey Agripa y que había ido a sustituirle
Ecuo Modio, un viejo amigo y allegado suyo, Filipo escribió
a éste una carta contándole sus propias experiencias y ro-
gándole que hiciera llegar a los reyes la carta que le había
enviado[66]. Modio, al recibir las cartas y enterarse por ellas 181
de que Filipo se encontraba a salvo, se alegró mucho, y
envió la carta a los reyes, que estaban en Beritos[67]. Cuando 182
el rey Agripa supo que los rumores que circulaban sobre
Filipo eran falsos (se decía que había tomado el mando de
los judíos para declarar la guerra a los romanos), envió una
escolta de jinetes a buscarlo. A su llegada, le dispensó una 183
calurosa acogida y lo presentó a los oficiales romanos como
el mismo Filipo de quien se rumoreaba que se había levantado
contra Roma. Luego le ordenó que volviera inmediatamente
a la fortaleza de Gamala con algunos jinetes para sacar de
allí a todos sus amigos, y restablecer a los babilonios en
Batanea. Le encargó también que tomara las medidas nece- 184
sarias para prevenir cualquier revuelta entre sus subordinados.
Filipo se apresuró a cumplir las órdenes del Rey.

Gamala se rebela contra el Rey

Josefo, el hijo de la comadrona, animaba 185 37
a muchos jóvenes audaces a unirse a él y,
enfrentándose a los magistrados de Ga-
mala, trataba de persuadirlos a que se
apartaran del Rey y tomaran las armas para
recuperar su independencia. Obligaron a algunos y mataron

[65] Esta digresión es la continuación de los sucesos relatados en 40-46.

[66] Cf. 48.

[67] Cf. 54.

186 a los que no estaban de acuerdo. Mataron a Cares y con él a Jesús, uno de sus parientes, y a un hermano de Justo de Tiberíade, como ya hemos dicho antes[68]. A mí me escribieron pidiéndome que les enviase un destacamento de soldados y obreros para levantar los muros de su ciudad. No les negué
187 ninguna de sus dos peticiones. También se levantó contra el Rey la región de Gaulanítide, hasta la aldea de Solime.

Fortificación de algunas ciudades

Amurallé las aldeas de Seleucia y Sogane, dotadas de fuertes defensas naturales, e igualmente otras aldeas, también muy rocosas, de la Alta Galilea, las llamadas
188 Jamnia, Amerot[69] y Acarabe. Construí también fortificaciones en la Baja Galilea, en las ciudades de Tariquea, Tiberíade, Séforis y las aldeas de la Cueva de Arbel, Bersubé, Selame, Jotapata[70], Cafarat, Como, Sogane, Pafa y el monte Tabor. A estas poblaciones les suministré también trigo en abundancia y armas para su seguridad futura.

Juan de Giscala intenta suplantar a Josefo

189 El odio de Juan, hijo de Leví, contra mí era cada vez más intenso, pues no soportaba mi éxito. Dispuesto a librarse de mí a toda costa, reconstruyó la muralla de Gis-
190 cala, su ciudad natal, y envió a Jerusalén a su hermano Simón y a Jonatán, hijo de Sisena, con un centenar de soldados para pedir a Simón, hijo de Gamaliel, que convenciese a la comunidad de Jerusalén de que me destituyeran del gobierno de Galilea y le otorgaran por
191 votación el puesto a él. Este Simón era natural de Jerusalén,

[68] En 177 ss. sólo nombra a Cares, pariente de Filipo, y a Jesús, hermano de Cares y cuñado de Justo.

[69] O Meiron (cf. *Guerra de los judíos* II 573).

[70] Hoy Yodfat, a medio camino entre San Juan de Acre y Tiberíade.

de familia muy ilustre y perteneciente a la secta de los fariseos, que tiene fama de distinguirse de las demás en la exacta interpretación de las leyes patrias[71]. Era un hombre 192
de gran inteligencia y buen juicio, capaz de solucionar con su sabiduría cualquier situación comprometida; además era amigo íntimo de Juan desde hacía tiempo, y en cambio estaba por entonces enemistado conmigo. Así pues, aten- 193
diendo a su petición, persuadió a los sumos sacerdotes Anás y Jesús, hijo de Gamalas, y a otros más de su grupo, a que cortaran en flor mi carrera sin permitirme alcanzar la cima de la gloria; les decía que saldrían ganando si me retiraban el mando de Galilea. Pedía también a Anás y a los suyos que no se demorasen, no fuera que, prevenido yo, me presentara en la ciudad con un ejército numeroso. Esas eran las sugeren- 194
cias de Simón; pero el sumo sacerdote Anás opinaba que el asunto no era tan fácil, pues muchos de los sumos sacerdotes y de los notables del pueblo podían atestiguar que yo desempeñaba bien mis funciones de gobernador militar y acusar a un hombre a quien, en justicia, no podían imputar nada sería una iniquidad.

Cuando Simón escuchó las objeciones de Anás, pidió a 195 39
todos que guardaran silencio y no divulgaran la conversación; pues él se ocuparía personalmente de que yo fuese relevado de Galilea lo más pronto posible. Mandó llamar al hermano de Juan y le pidió que enviara regalos a los simpatizantes de Anás, pues era el medio, decía, de hacerles cambiar rápidamente de opinión. Finalmente Simón consiguió su propósito; 196
Anás y los suyos, corrompidos por el dinero, acordaron expulsarme de Galilea[72], sin que ninguna otra persona de la

[71] Los *nómima* son los preceptos tradicionales que se desarrollan en torno a la ley, *nómos*.

[72] El relato más breve en *Guerra de los judíos* II 627-29.

Sueño de Josefo

208 Aquella noche tuve un sueño maravilloso. Cuando me acosté, disgustado e inquieto por la carta que había recibido, me pareció
209 que alguien a mi lado me decía: «Deja de atormentar tu espíritu y aleja todo temor, pues estos sufrimientos te engrandecerán y serás muy afortunado en todo. Tendrás éxito no sólo en esta empresa, sino en otras muchas. No desfallezcas; recuerda que tendrás que
210 luchar incluso contra los romanos». Después de esa visión me levanté, impaciente por bajar a la llanura. Al verme, todo el pueblo de Galilea —incluso mujeres y niños— se postraron con el rostro por tierra y me suplicaron llorando que no los dejase a merced de los enemigos y que no me marchase, exponiendo el país a los ultrajes de sus adversarios.
211 Como yo no cedía a sus ruegos, intentaron obligarme con juramentos a quedarme con ellos y lanzaban múltiples injurias contra el pueblo de Jerusalén, por no permitir que su tierra viviese en paz.

Josefo acepta quedarse en Galilea

212 Cuando escuché sus palabras y vi el desaliento de la multitud, cedí a la piedad, pensando que valía la pena incluso correr peligros seguros por un pueblo tan nume-
213 roso. Consentí finalmente en quedarme y ordené que se presentaran cinco mil soldados provistos de víveres, y a los demás los envié a sus casas. Cuando llegaron los cinco mil, con ellos y con tres mil soldados de mi ejército y ochenta jinetes me puse en camino hacia Cabul[76], una aldea situada en la frontera de Ptolemaida. Mantuve reunidas allí a todas mis fuerzas, fingiendo prepararme para la guerra
214 contra Plácido. Éste, enviado por Cestio Galo, había llegado

[76] A medio camino entre la llanura de Asoquis y Ptolemaida.

con dos cohortes de infantería y un escuadrón de caballería para incendiar las aldeas de Galilea, vecinas de Ptolemaida. Como él levantara una empalizada delante de Ptolemaida, yo instalé el campamento a una distancia de sesenta estadios
aproximadamente de la aldea de Cabul. Muchas veces hici- 215
mos avanzar nuestras tropas para entablar batalla, pero sólo llegamos a algunas escaramuzas, pues Plácido, en cuanto se daba cuenta de que yo estaba resuelto al combate, retrocedía espantado. Sin embargo no se alejaba de Ptolemaida.

Llegada a Galilea de la delegación de Jerusalén

Por ese mismo tiempo, llegó Jonatán con 216 44
los compañeros de embajada que, como dije, habían sido enviados desde Jerusalén por el partido de Simón y del sumo sacerdote Anás, con la malvada intención de prenderme con engaños, ya que no se atrevían a intentarlo
abiertamente. Me envió una carta en los siguientes términos: 217
«Jonatán y los que con él han sido enviados por la comunidad de Jerusalén saludan a Josefo. Las autoridades de Jerusalén han sabido que Juan de Giscala ha conspirado contra ti en numerosas ocasiones y nos han enviado para reprenderle y
advertirle que, en lo sucesivo, debe obedecerte. Como quere- 218
mos contrastar opiniones contigo sobre planes en común, te invitamos a reunirte con nosotros lo antes posible, pero sin una gran escolta, pues esta aldea no podría albergar a muchos soldados».

Me escribían eso considerando dos posibilidades: o que 219
llegase sin armas, y entonces me tendrían a su merced, o que me presentase con muchos hombres y así podrían conside-
rarme un enemigo. La carta me la trajo un jinete, un joven 220
valiente que en otro tiempo había servido en el ejército del Rey. Era ya la segunda hora de la noche y estaba cenando
con mis amigos y con las autoridades de Galilea. Mi criado 221

me anunció la llegada de un jinete judío; le dije que le hiciera entrar. Entonces él, sin saludarme, me tendió la carta diciendo: «Los que han llegado de Jerusalén te envían esta carta. Escribe inmediatamente la respuesta porque tengo
222 que regresar enseguida». Mis huéspedes se quedaron atónitos ante el atrevimiento del soldado. Le invité a sentarse y a cenar con nosotros, pero él rehusó. Yo mantenía la carta en la mano tal como la había recibido y continuaba hablando
223 con mis amigos de otros asuntos. Poco después me levanté y, permitiendo que los demás se fueran a descansar, pedí tan sólo a cuatro amigos íntimos que se quedaran conmigo y mandé a un criado que preparara vino. Luego, sin que nadie me viera, abrí la carta. De un vistazo comprendí las inten-
224 ciones de los que la habían escrito y la volví a sellar. Con ella en la mano, como si no la hubiera leído todavía, ordené que dieran al soldado veinte dracmas para los gastos del viaje: él tomó el dinero y me dio las gracias. Me di cuenta de su codicia y de que por ahí se le podía coger fácilmente; entonces le dije: «Si quisieras beber con nosotros, recibirías una dracma
225 por cada copa». Aceptó encantado, y para conseguir más dinero, bebió mucho vino. Cuando estuvo ebrio, ya no pudo guardar sus secretos, y sin que nadie le preguntara, contó el complot que habían preparado y cómo me habían sentenciado a muerte. Después de oírlo, escribí la siguiente respuesta:

226 «Josefo saluda a Jonatán y a sus compañeros. Me alegra saber que habéis llegado bien a Galilea, sobre todo porque podré dejar en vuestras manos el cuidado de los asuntos de la región y regresar a mi ciudad natal, lo que deseaba hacer
227 desde hace tiempo. Sin duda debería ir a vuestro encuentro, no a Jalot[77], sino más lejos incluso, sin que me lo pidierais;

[77] Aldea situada en la llanura de Esdrelón, en la frontera meridional de Galilea; llamada también Exalot (cf. *Guerra de los judíos* III 38).

os ruego que me perdonéis que no pueda hacerlo, pero debo permanecer en Cabul vigilando a Plácido que ha proyectado llegar hasta Galilea. Venid, pues, vosotros a verme en cuanto leáis esta carta. Deseo que sigáis bien».

Después de escribir la carta, se la entregué al soldado para 228 45
que la llevase; envié con él a treinta galileos de los más respetables, con el encargo de trasmitir mis saludos a aquellos hombres, sin decirles nada más. Puse también junto a cada uno de ellos un soldado de confianza para que le vigilase y para evitar así cualquier conversación entre mis enviados y los amigos de Jonatán. Y se pusieron en camino. Jonatán y 229
sus compañeros, al fracasar su primer intento, me enviaron otra carta que decía así:

«Jonatán y sus compañeros saludan a Josefo. Te exhortamos a reunirte con nosotros, sin escolta, dentro de tres días, en la aldea de Garabot[78], para que podamos oír las acusaciones que has formulado contra Juan».

Manifestaciones populares en favor de Josefo

Cuando hubieron redactado la carta y 230
saludado a los galileos que yo había enviado, se retiraron a Jafa[79], la aldea más importante de Galilea, que está sólidamente fortificada y muy poblada. Todo el pueblo, con mujeres y niños, salió a su encuentro gritando que se marcharan y que no les quitaran, por envidia, a su magnífico general. Jonatán y los suyos se enfurecieron con los gritos, 231
pero no se atrevieron a manifestar su cólera y, sin dignarse responder, se dirigieron a otras aldeas; pero en todas partes eran recibidos por la multitud con las mismas voces; les

78 Aldea situada a unos diez kilómetros al nordeste del campamento de Josefo en Cabul. Llamada otras veces Garaba.

79 Sin duda se trata de Jafia (Yafa), cerca de Nazaret.

cho que conduce al lago; subí a una barca y crucé a Tariquea,
305 escapando de este peligro de manera inesperada. Allí, convoqué inmediatamente a los notables de Galilea y les referí cómo había sido traicionado por Jonatán y sus compañeros
306 y había estado a punto de morir a sus manos. El pueblo de Galilea se enfureció contra ellos y me instaba a que les declarara la guerra sin dudarlo, y que a ellos, los galileos, les permitiera ir contra Juan para acabar con él y, al mismo
307 tiempo, con Jonatán y sus hombres. Aunque estaban muy indignados pude contenerlos, pidiéndoles que esperaran hasta conocer el informe de la delegación que habían enviado a
308 Jerusalén, pues era necesaria su conformidad para actuar, les decía yo. De esa manera logré convencerlos. Por su parte Juan, al ver fracasada su maniobra, regresó a Giscala.

Confirmación de Josefo en su cargo

309 A los pocos días, regresaron nuestros enviados y comunicaron que el pueblo estaba muy indignado contra Anás y Simón, hijo de Gamaliel, porque, sin contar con la opinión de la Comunidad, habían enviado embajadores a Galilea para tratar de conseguir mi destitu-
310 ción[94]; añadieron que el pueblo se había lanzado a sus casas para quemarlas. Traían también cartas en las que las autoridades de Jerusalén, ante la insistencia del pueblo, me confirmaban a mí en el gobierno de Galilea y ordenaban que Jonatán y sus compañeros regresaran rápidamente a sus
311 casas. Me encontré con estas cartas cuando llegué a la aldea de Arbel[95]; allí convoqué a los galileos a una asamblea y

[94] Sobre la intervención de Simón contra Josefo, cf. 190-193 y *Guerra de los judíos* IV 159.

[95] Aldea de Galilea, cerca del lago Genesaret; hoy Irbid.

pedí a los emisarios que refiriesen la cólera y el odio que
había provocado la conducta de las gentes de Jonatán y cómo 312
me habían ratificado en el mando de la provincia; les pedí
también que mostraran el documento que contenía la expul-
sión de Jonatán y los suyos. Me apresuré a hacer llegar a
éstos la carta por un mensajero al que encargué que averiguase
qué pensaban hacer.

Reacción de los delegados de Jerusalén

Estos hombres, profundamente alterados 313 61
por el contenido de la carta, mandaron
llamar a Juan, a los miembros del Consejo
de Tiberíade y a las autoridades de Garaba,
y se reunieron para examinar lo que debían
hacer. Los tiberienses opinaban que era mejor que ellos 314
siguieran en el gobierno y no abandonaran la ciudad que les
habían confiado, sobre todo no estando yo dispuesto a
dejarlos tranquilos, y mentían imputándome esa amenaza. Juan 315
no sólo era de su misma opinión, sino que además les
aconsejaba que dos de ellos se presentasen ante el pueblo
para acusarme por mi mala administración de la provincia
de Galilea y añadía que podría convencerles fácilmente por
su buena reputación y porque la multitud es versátil. Consi- 316
deraron la proposición de Juan la mejor y acordaron enviar
a Jerusalén a Jonatán y a Ananías, y dejar a los otros dos en
Tiberíade. Para su seguridad los acompañó una escolta de
cien soldados.

Josefo intercepta a los emisarios

Los tiberienses tomaron la precaución de 317 62
fortificar los muros y dieron orden a los
ciudadanos de tomar las armas; pidieron
a Juan que enviara gran número de solda-
dos por si tenían necesidad de refuerzos
contra mí. Juan se encontraba entonces en Giscala. Jonatán 318

breves palabras a los demás habitantes de Tiberíade y mostrar a los futuros lectores de esta historia que no fuisteis amigos
346 ni de Roma ni del Rey. Las ciudades más importantes de Galilea son Séforis y Tiberíade, tu ciudad natal, Justo. Ahora bien, Séforis, al estar situada en el centro de Galilea y rodeada de numerosas aldeas, hubiera podido emprender fácilmente alguna acción contra los romanos si hubiera querido; sin embargo, como había optado por mantenerse fiel a sus señores, incluso a mí me cerró sus puertas y no permitió que ninguno de sus ciudadanos militara en las filas
347 de los judíos. Con el fin de mantener su seguridad también respecto a nosotros, me engañaron encargándome la fortificación de su ciudad con muros y recibieron de buen grado una guarnición de Cestio Galo, jefe de las legiones romanas de Siria. Fue un desprecio para mí, que gozaba entonces de
348 gran poder y era respetado por todos. Y cuando Jerusalén, nuestra capital, fue sitiada y nuestro templo común corría el peligro de caer en manos de los enemigos, no enviaron ayuda por miedo a parecer que tomaban las armas contra
349 los romanos. En cambio tu ciudad natal, Justo, situada junto al lago de Genesaret, a una distancia de treinta estadios de Hipo, a sesenta de Gadara y a ciento veinte de Escitópolis [101], ciudad bajo la jurisdicción del Rey, sin ninguna otra ciudad judía cerca, hubiera podido mantenerse fiel a Roma sin
350 dificultad, si hubiera querido; además erais una población numerosa y disponíais de armas en abundancia. Sin embargo, según dices tú, el único responsable en aquel momento era yo; y después ¿quién fue el responsable, Justo? Pues sabes bien que antes del sitio de Jerusalén fui apresado por los romanos, que Jotapata y otras muchas fortalezas fueron

[101] Escitópolis era una ciudad independiente bajo soberanía romana, pero nunca fue posesión de Agripa.

tomadas al asalto y que un gran número de galileos cayó en el combate. En ese momento, puesto que ya nada teníais que 351
temer de mí, deberíais haber entregado las armas y haberos presentado al Rey y a los romanos, ya que no habíais entrado en guerra con ellos por propia voluntad sino obliga- 352
dos. Sin embargo esperasteis la llegada de Vespasiano, y cuando ya estaba cerca de los muros con todo su ejército, entonces, espantados, dejasteis las armas. Y con toda seguridad vuestra ciudad habría sido tomada por la fuerza si Vespasiano no hubiera escuchado los ruegos del Rey que pedía perdón por vuestra locura. Por tanto, no soy yo el responsable, sino vosotros que decidisteis la guerra. ¿Olvidas 353
acaso que, a pesar de haber estado tantas veces a mi merced, no os he dado muerte a ninguno, mientras que vosotros en vuestras luchas internas matasteis a ciento ochenta y cinco conciudadanos, y no por lealtad a los romanos ni al Rey, sino por vuestra propia maldad? Entonces yo me encontraba en Jotapata sitiado por los romanos. Y más aún ¿no se 354
encontraban en el sitio de Jerusalén dos mil tiberienses de los cuales unos murieron y otros fueron capturados?

Pero tú dirás que no eras enemigo de Roma, porque en aquel momento te refugiaste junto al Rey; pero afirmo que actuaste así porque tenías miedo de mí. En tu opinión, yo soy 355
un miserable; pero el rey Agripa que te salvó la vida cuando fuiste condenado a muerte por Vespasiano y que te regaló tanto dinero ¿por qué te encarceló después dos veces y te expulsó otras tantas de tu ciudad natal, e incluso una vez te condenó a muerte, aunque luego te perdonó la vida por los insistentes ruegos de su hermana Berenice? Y cuando después 356
de todas tus malas acciones te confió el cargo de secretario y se dio cuenta de que lo desempeñabas deshonestamente, te alejó de su vista. Pero voy a dejar de dar pruebas detalladas de todo eso.

357 Sin embargo, lo que más me asombra de tu desvergüenza es que te atrevas a decir que de todos los que han escrito sobre estos acontecimientos eres tú el que mejor los ha contado, cuando ni conoces lo que ocurrió en Galilea —pues en esa época te encontrabas en Beritos con el Rey— ni lo que tuvieron que soportar los romanos o lo que nos infligieron a nosotros en el sitio de Jotapata. Tampoco has podido averiguar el papel que yo desempeñé durante el sitio, pues todos los que hubieran podido informarte de ello murieron
358 en aquella batalla. Tal vez digas que has relatado con exactitud lo sucedido en Jerusalén. ¿Cómo es posible, si ni tomaste parte en la guerra ni has leído las *Memorias* del César[102]? La mejor prueba es que en ellas está escrito lo
359 contrario. Y si te atreves a decir que tu obra es la mejor de todas, ¿por qué no la publicaste cuando aún vivían los emperadores Vespasiano y Tito que habían dirigido la guerra, y cuando todavía estaban con nosotros el rey Agripa y toda
360 su familia, personas imbuidas de cultura griega? Pues hace veinte años ya la tenías escrita y entonces hubieras podido obtener el testimonio de veracidad de los testigos oculares. En cambio te atreves a publicarlo ahora, cuando esas personas ya no están entre nosotros y sabes que no te van a desmentir.

361 Yo no he tenido miedo por mi obra como tú, pues entregué los libros a los propios emperadores cuando los sucesos estaban casi a la vista. Consciente de haber conservado la verdad en mi obra, no me decepcionaron los testi-
362 monios que recibí sobre ella. También presenté enseguida mi *Historia* a otras muchas personas, de las que algunas habían participado en la guerra, como el rey Agripa y algunos de
363 sus allegados. Y el emperador Tito mostró tanto deseo de que el público conociera estos sucesos sólo por mis libros, que

[102] Tito. Cf. 342 y nota.

los firmó con su propia mano y ordenó su publicación. En 364
cuanto al rey Agripa, tiene escritas sesenta y dos cartas
testimoniando la autenticidad de mi relato. Presento aquí
dos de ellas que, si lo deseas, te permitirán hacerte una idea
de la naturaleza de su contenido.

«El rey Agripa saluda a su queridísimo amigo Josefo. He 365
leído tu libro con sumo placer y me parece que has escrito
con mucha más exactitud que otros que han tratado el tema.
Envíame los demás volúmenes. Te deseo buena salud.»

«El rey Agripa saluda a su queridísimo amigo Josefo. En 366
tu obra se observa que no necesitas ningún tipo de aclaración
para darnos a conocer la totalidad de los hechos desde sus
comienzos. No obstante, cuando nos encontremos, podré
informarte de muchos detalles ignorados.»

Una vez terminada mi *Historia,* Agripa, sinceramente y 367
no con ánimo de adularme (cosa impropia de él), ni tampoco
por ironizar, como dirías tú [103] (pues estaba muy lejos de esas
malas costumbres), seguía dando testimonio de su veracidad,
como todos los lectores de mis obras de historia. Pero cese
aquí esta digresión sobre Justo que me parecía obligada.

Juan de Giscala es abandonado por sus partidarios

Después de atender los asuntos de Tibe- 368 66
ríade [104], convoqué a mis amigos a una
reunión para decidir qué medidas íbamos
a tomar contra Juan. La opinión unánime
de los galileos era que les diera armas a to-
dos ellos para ir contra Juan y castigarle como responsable
del levantamiento. Pero yo no estaba de acuerdo con sus 369
planes, pues deseaba acabar con los disturbios sin derrama-

[103] Justo.

[104] Vuelve a tomar el relato interrumpido en 336. Cf. *Guerra de los judíos* II 622-625.

la fuerza, Tito César me ofreció repetidas veces que tomara todo lo que quisiera de las ruinas de mi patria, y repetía que
418 él daba su autorización. Pero yo, una vez perdida mi ciudad natal, no encontrando nada más preciado que pudiera conservar para consuelo de mis desgracias, pedí a Tito la libertad de los prisioneros; también recibí de él <una colección>[122]
419 de libros sagrados. Poco después, pedí la liberación de mi hermano y de cincuenta amigos míos, y mi petición fue atendida. Con el permiso de Tito entré en el templo donde estaban encerrados un gran número de prisioneros, mujeres y niños, y rescaté a cuantos amigos y familiares pude reconocer, alrededor de ciento noventa; los liberé sin que pagaran
420 rescate, devolviéndolos a su primitiva suerte. Cuando Tito César me envió con Cerealio y mil jinetes a una aldea llamada Técoa[123] para comprobar si el lugar era apropiado para construir una trinchera, de regreso vi a muchos prisioneros que habían sido crucificados, y entre ellos reconocí a tres familiares míos; sentí un gran dolor, y acercándome a
421 Tito le hablé de ello llorando. Inmediatamente ordenó que los descolgasen y les dispensaran toda clase de cuidados. Dos murieron mientras los curaban, pero el tercero sobrevivió.

Josefo, ciudadano romano

76 422 Después que Tito hubo reprimido los disturbios de Judea, sospechando que las tierras que yo poseía en Jerusalén no iban a serme rentables, puesto que iba a instalarse allí una guarnición romana, me concedió otro terreno en la llanura; y cuando me disponía a partir hacia Roma, me aceptó como compañero de travesía, tra-

[122] Posible laguna en el texto.
[123] Entre Jerusalén y Hebrón. Hoy Tékoah.

tándome con gran consideración. A nuestra llegada a Roma, 423
recibí toda clase de atenciones de Vespasiano. Me alojó en la casa que había sido suya antes de subir al poder, me honró con la ciudadanía romana, y me asignó una pensión; no cesó de honrarme sin que disminuyera su bondad hacia mí hasta el fin de sus días, lo cual puso en peligro mi vida por causa
de la envidia. En efecto, un judío llamado Jonatán[124], que 424
había provocado una insurrección en Cirene ocasionando la muerte de dos mil personas de esa región a las que había arrastrado, fue encarcelado por el gobernador de la provincia, y cuando fue conducido ante el Emperador, le aseguró que
yo le había proporcionado armas y dinero. Pero Vespasiano 425
no se dejó engañar por sus mentiras, sino que le condenó a muerte, y aquél fue ejecutado. También, en otras muchas ocasiones, gentes que envidiaban mi buena suerte inventaron acusaciones contra mí, pero escapé de ellas gracias a la divina providencia. También recibí de Vespasiano como regalo una importante propiedad en Judea.

Por ese tiempo, descontento de la conducta de mi mujer, 426
me divorcié de ella; me había dado tres hijos; dos de ellos
han muerto, y el otro, al que llamé Hircano, vive. Más tarde 427
me casé con una mujer de raza judía que había vivido en Creta; sus padres eran de linaje noble y muy conocidos en su país. Por su carácter era superior a las demás mujeres, como demostró a lo largo de su vida. Con ella tuve dos hijos, Justo, el mayor, y Simónides, el siguiente, llamado también
Agripa. Ésta ha sido mi vida familiar. 428

Mi situación con los emperadores se ha mantenido sin cambios. Así, a la muerte de Vespasiano, Tito, que le sucedió en el Imperio, me tuvo en la misma estima que su padre y en numerosas ocasiones se ha negado a creer las acusaciones de

124 Cf. *Guerra de los judíos* VII 437-450.

los llamados pastores, se les da el nombre de "cautivos" en los libros sagrados. Y tiene razón. Pues apacentar los rebaños era hereditario entre nuestros más remotos antepasados, y
92 éstos, por su vida nómada, fueron llamados pastores. Por otro lado, no sin razón se les llamó cautivos en los documentos de los egipcios, ya que nuestro antepasado José dijo al rey de Egipto que él era un cautivo, y más tarde, con el permiso del Rey, hizo ir a Egipto a sus hermanos[35].

15 93 Pero examinaré esos hechos con más precisión en otro lugar[36]. De momento, cito a los egipcios como testigos de nuestra antigüedad. Vuelvo de nuevo a la cita de Manetón
94 sobre la cronología. Dice así: «Después que el pueblo de los pastores salió de Egipto hacia Jerusalén, el rey que los había expulsado de Egipto [Tetmosis][37] reinó veinticinco años y cuatro meses. A su muerte, ocupó el trono durante trece
95 años su hijo Quebrón. Después de éste, Amenofis reinó veinte años y siete meses. Su hermana Amesis, veintiún años y nueve meses, y el hijo de ésta, Mefres, doce años y nueve meses; su hijo Misfragmutosis, veinticuatro años y diez meses;
96 el hijo de éste, Tutmosis, nueve años y ocho meses; su hijo Amenofis, treinta años y diez meses; su hijo Or, treinta y seis años y cinco meses; su hija Acenquerés, doce años y un mes.
97 El hermano de ésta, Ratotis, reinó nueve años. Su hijo Acenqueres, doce años y cinco meses; su hijo Acenqueres, doce años y tres meses; su hijo Harmais, cuatro años y un mes; Ramsés, su hijo, un año y cuatro meses; el hijo de éste, Harmeses Miamún, sesenta y seis años y dos meses; Ameno-
98 fis, su hijo, diecinueve años y seis meses. Le sucedió su hijo

[35] Los hijos de Jacob en su conversación con el Faraón se identifican como pastores (cf. *Génesis* 46, 34 y 47, 3).

[36] 227 ss.

[37] Llamado antes Tummosis (cf. 88).

Seti, llamado también Ramsés, que disponía de una caballería
y una flota poderosas. Éste nombró gobernador de Egipto a
su hermano Harmais, y le confirió todas las prerrogativas
reales, pero le ordenó que no llevara la diadema, que no
ofendiera a la Reina, la madre de sus hijos, y que respetara
a las concubinas reales. Él salió en campaña contra Chipre 99
y Fenicia, y luego contra los asirios y los medos; y todos
ellos fueron sometidos a su dominio por las armas o sin
combate, atemorizados ante su numeroso ejército. Orgulloso
de sus éxitos, continuó su avance, con más audacia todavía,
con intención de conquistar las ciudades y las tierras de
Oriente. Al cabo de cierto tiempo, Harmais, el que se había 100
quedado en Egipto, hizo sin ningún reparo todo lo contrario
de lo que le había encomendado su hermano. Violentó a la
Reina, y mantenía relaciones con las concubinas sin reserva;
aconsejado por sus amigos, se puso la diadema, y se levantó
contra su hermano. El jefe de los sacerdotes de Egipto envió 101
una carta a Seti revelándole todo e informándole de la
insurrección de su hermano Harmais. El Rey volvió inme-
diatamente a Pelusio y recobró su reino. Por él, el país fue 102
llamado Egipto, pues se dice que Seti se llamaba también
Egipto, y su hermano Harmais, Dánao.

Según Manetón, los judíos son anteriores a los griegos

Éste es el relato de Manetón. Está claro 103 16
que, si se suma el tiempo transcurrido por
los años mencionados, los llamados pas-
tores, nuestros antepasados, expulsados
de Egipto, se establecieron en nuestro país
trescientos noventa y tres años antes de la llegada de Dánao
a Argos[38], y los argivos consideran a éste el personaje más

[38] La suma de las cifras dada por Josefo en el cap. 15 entre la expulsión de los hicsos y Seti es de trescientos treinta y cuatro años. A esta suma ha

104 antiguo de su historia[39]. Así pues, Manetón, partiendo de los libros egipcios, nos ha dado su testimonio sobre dos puntos importantísimos: primero, sobre nuestra llegada a Egipto procedentes de otro lugar, y luego, nuestra salida de allí, tan lejana en el pasado que precedió casi en mil años a la Guerra
105 de Troya[40]. En cuanto a los hechos que Manetón ha añadido, no según los libros egipcios, sino, como él mismo reconoce, según leyendas anónimas, los refutaré punto por punto más tarde[41], demostrando lo inverosímil de sus embustes.

17 106 *Testimonios de los fenicios: Díos*

Ahora quiero pasar ya de estos documentos a los escritos de los fenicios que tratan de nuestra raza y presentar su testi-
107 monio. Existen entre los tirios, desde hace muchísimos años, crónicas redactadas y conservadas cuidadosamente por el Estado sobre los hechos dignos de recuerdo que han sucedido entre ellos y sobre sus
108 relaciones con otros pueblos. En ellos se dice que el Templo de Jerusalén fue construido por el rey Salomón ciento cuarenta y tres años y ocho meses antes de que los tirios
109 fundasen Cartago[42]. Y no sin razón mencionan la fundación de nuestro templo, pues Hiram, rey de Tiro, era amigo de nuestro rey Salomón, amistad que había heredado de su

añadido los cincuenta y nueve que más tarde (231) asigna al reinado de Seti, lo que da un total de trescientos noventa y tres años.

39 Josefo se olvida de Ínaco, el rey más antiguo de Argos.

40 La cifra parece demasiado elevada, pues la destrucción de Troya se fecha a comienzos del siglo XII a. C. y la salida de los judíos de Egipto tuvo lugar hacia mediados del siglo XIII a. C.

41 En el cap. 26.

42 Esta cifra resulta de la duración del reinado de los reyes tirios que Josefo da en el cap. 18.

padre[43]. Compartiendo con Salomón el orgullo por el es- 110
plendor del edificio, le entregó ciento veinte talentos de oro
e hizo cortar las maderas más bellas del monte llamado
Líbano y se las envió para la techumbre. Salomón le mostró
su agradecimiento con muchos regalos, entre otros un terri-
torio de Galilea llamado Kabolón[44]. Pero, sobre todo, les 111
unía la pasión por la sabiduría: se intercambiaban enigmas
que se invitaban a resolver[45]. Salomón era el más hábil y, en
general, resultaba el más sabio. Todavía se conservan entre
los tirios muchas de las cartas que se cruzaron. Para probar 112
que mis afirmaciones sobre las crónicas tirias no son de mi
invención, acudiré al testimonio de Díos[46], absolutamente
digno de crédito en lo relativo a la historia fenicia. En su
historia de Fenicia dice lo siguiente: «A la muerte de Abíbal, 113
ocupó el trono su hijo Hiram. Éste rodeó con un terraplén
la parte oriental de la ciudadela, agrandó la ciudad, unió a
ella el templo de Zeus Olímpico que estaba solo en una isla,
llenando de tierra el espacio intermedio y lo adornó con
ofrendas de oro. Subiendo hasta el monte Líbano, hizo talar
árboles para la construcción de los templos. Se dice que el 114
señor de Jerusalén, Salomón, envió a Hiram enigmas y le
pidió otros a él; el que no pudiera resolverlos pagaría una
suma de dinero al que lo lograse. Hiram aceptó, pero, 115
incapaz de resolver los enigmas, hubo de gastar una gran

[43] Según los textos bíblicos, el amigo de Hiram era el rey David, padre de Salomón. Cf. *I Reyes* 5, 1; *2 Samuel* 5, 11.

[44] Cf. *I Reyes* 9, 10-13.

[45] Las negociaciones entre Hiram y Salomón sobre la construcción del templo están referidas en *I Reyes* 5, parafraseadas por Josefo en *Antigüedades* VIII 50 ss., pero no se hace ninguna referencia a enigmas ni a intercambio de cartas.

[46] No se sabe nada de este autor. Podría tratarse de Elio Díos, autor de una obra sobre Alejandría, o de Leto, que escribió sobre Fenicia.

muchos de estos autores que conocen nuestro pueblo y que lo mencionan en sus escritos cuando tienen ocasión.

Pitágoras de Samos

162 Pitágoras de Samos, autor muy antiguo, por su sabiduría y su piedad considerado superior a todos los filósofos, evidentemente, no sólo conoció nuestras costumbres sino que fue un ardiente admirador de
163 ellas. No tenemos ninguna obra reconocida como suya, pero muchos escritores se han ocupado de él. El más célebre de ellos es Hermipo, un hombre interesado en todo género de
164 investigación histórica. En el primer libro de su *Pitágoras* refiere que este filósofo, cuando murió uno de sus íntimos, llamado Califonte, oriundo de Crotona, decía que su alma se comunicaba con él día y noche, y le aconsejaba que no pasara por un lugar en el que se hubiera acostado un asno, se abstuviera de las aguas salobres y se mantuviera alejado
165 de toda calumnia[68]. Añade también lo siguiente: «Practicaba y repetía estos preceptos, imitando las opiniones de los judíos y los tracios y aplicándoselas a sí mismo». En efecto, se dice con razón que este filósofo incorporó a su doctrina muchos de los preceptos de los judíos.

Teofrasto

166 Nuestro pueblo tampoco era desconocido en las ciudades de la Antigüedad, y en algunas se habían difundido muchas de nuestras costumbres que se consideraban dignas de imitación. Lo dice claramente
167 Teofrasto en sus libros *Sobre las leyes*[69], donde refiere que las leyes tirias prohíben utilizar fórmulas de juramento ex-

[68] Cf. *Éxodo* 22, 28; *Levítico* 19, 16.
[69] Esta obra es una recapitulación de las leyes de varios pueblos.

tranjeras, entre las cuales cita el juramento llamado *corbán;* este juramento no podría encontrarse en ninguna otra parte excepto entre los judíos; traducida del hebreo esta palabra significa «regalo de Dios».

Heródoto de Halicarnaso

Tampoco Heródoto de Halicarnaso ha 168
ignorado nuestro pueblo, sino que en cierta manera lo ha mencionado claramente.
Hablando de los colcos, en el segundo 169
libro, dice así: «los colcos, los egipcios y los etíopes, dice, son los únicos que practican la circuncisión desde el principio. Los fenicios y los sirios de Palestina reconocen ellos mismos que lo han aprendido de los egipcios.
Los sirios de las orillas del río Termodonte y del río Par- 170
tenio [70], y sus vecinos los macrones afirman haberlo aprendido recientemente de los colcos. Éstos son los únicos hombres circuncidados, y está claro que imitan a los egipcios. Sin embargo, entre los egipcios y los etíopes no puedo decir quiénes de ellos han aprendido la circuncisión de los otros» [71].
Así pues, Heródoto ha dicho que los sirios de Palestina se 171
circuncidaban [72], pero de los habitantes de Palestina los judíos son los únicos que lo practican y como él lo sabía, es a ellos a quienes se refiere.

---

[70] Ríos de Asia Menor.

[71] Cf. HERÓDOTO, II 104. El texto abreviado también está reproducido en *Antigüedades* VIII 262.

[72] Para Heródoto, los sirios de Palestina son los filisteos, pero éstos, al menos en época bíblica, eran incircuncisos.

Como él se había relacionado con muchas personas cultivadas, nos entregaba, más bien, algo de la suya».

182 Éstas son las palabras de Aristóteles recogidas por Clearco, y añade que este judío poseía una extraordinaria resistencia y una gran sobriedad en su forma de vida. Si se desea, se puede conocer más sobre él en el mismo libro. Por mi parte,
183 procuro no citar más de lo necesario. Esto es lo que dice Clearco en una digresión —pues el tema que trataba era otro— y así es como nos menciona.

Hecateo de Abdera

En cuanto a Hecateo de Abdera, filósofo y a la vez hombre muy bien dotado para la acción, que floreció en la época del rey Alejandro y tuvo relación con Ptolomeo, hijo de Lago, no se ha referido a nosotros de modo incidental, sino que ha escrito expresamente un libro sobre los judíos, del cual quiero recorrer brevemente
184 algunos pasajes. Primero indicaré la época. Menciona la batalla de Ptolomeo contra Demetrio cerca de Gaza que tuvo lugar once años después de la muerte de Alejandro[77], en la Olimpíada centésimo decimoséptima, según cuenta
185 Cástor. Después de indicar la Olimpíada, dice: «En aquel tiempo, Ptolomeo, hijo de Lago, venció en combate cerca de Gaza a Demetrio, hijo de Antígono, el llamado Poliorcetes». Todo el mundo está de acuerdo en que Alejandro murió en la Olimpíada centésimo decimocuarta[78], por tanto es evidente que nuestro pueblo floreció en tiempos de Ptolomeo y en
186 tiempos de Alejandro. Hecateo añade aún que después de la batalla de Gaza, Ptolomeo se convirtió en dueño de Siria y que muchos hombres, conocedores de su bondad y su huma-

[77] 312 a. C.

[78] 323 a. C.

nidad, quisieron marchar con él a Egipto y compartir su destino. «Uno de ellos, dice, era Ezequías[79], sumo sacerdote 187
de los judíos, de unos sesenta y seis años de edad, que gozaba de gran estima entre sus compatriotas; era un hombre inteligente, dotado para la oratoria y experto en los asuntos políticos como ningún otro. Y eso que el número total de los 188
sacerdotes judíos que reciben el diezmo de los productos y administran los asuntos públicos es aproximadamente de mil quinientos». Volviendo de nuevo a Ezequías dice: «Este 189
hombre, que había obtenido tal dignidad, y que estaba en estrecha relación con nosotros, reunía a algunos amigos y les daba a conocer todas las peculiaridades de su nación, pues tenía escrita la historia de su asentamiento y su forma de gobierno». A continuación, Hecateo da cuenta de nuestro 190
comportamiento con las leyes, que preferimos sufrir todo antes que transgredirlas, como creemos que debe ser. Con- 191
tinúa: «Por eso, ni las críticas de sus vecinos y de todos los que los visitan, ni los frecuentes ultrajes de los reyes y de los sátrapas persas consiguen hacerles cambiar de parecer, sino que por sus leyes afrontan sin defenderse las torturas y las muertes más terribles, antes que renegar de las costumbres de sus padres». Aporta también no pocas pruebas de nuestra 192
firmeza en el cumplimiento de las leyes. Así, refiere que en cierta ocasión, encontrándose Alejandro en Babilonia y habiendo decidido reconstruir el Templo de Bel que estaba en ruinas[80], ordenó a todos sus soldados sin distinción que transportaran tierra para allanar el lugar. Sólo los judíos se negaron a ello, por lo que hubieron de soportar muchos

[79] Ezequías no figura en la lista de los sumos sacerdotes dada por Josefo en *Antigüedades* XI 345 y XII 34 ss.

[80] Atestiguado por ARRIANO, *Anábasis de Alejandro Magno* VII 17, y ESTRABÓN, XVI 1, 5.

una mención importante; al otro, una pasión completamente
215 desfavorable le ofuscó. Sin embargo, para probar nuestra
antigüedad bastan los documentos egipcios, caldeos y fenicios,
216 a los que se suman tantos escritores griegos. Además de los
ya citados, han hablado extensamente de nosotros Teófilo,
Teódoto, Mnáseas, Aristófanes, Hermógenes, Evémero, Conón, Zopirión, y tal vez muchos más[96], yo no he podido
217 localizar todos los libros. La mayor parte de los autores
mencionados se han equivocado sobre los hechos remotos,
porque no han consultado nuestros libros sagrados; pero
todos están de acuerdo al testimoniar nuestra antigüedad,
218 tema del presente tratado. Sin embargo Demetrio Falereo,
Filón el Viejo y Eupólemo[97] no se apartaron mucho de la
verdad. Hay que excusarlos, pues no pudieron seguir nuestras
Escrituras con toda exactitud.

Calumnias contra los judíos y contra otros pueblos

219 Me resta todavía por tratar uno de los
puntos esenciales anunciados al comienzo
de este tratado[98]: demostrar la falsedad de
las calumnias y de las injurias con las que
algunas personas han atacado a nuestro
pueblo, y utilizar contra los que las han escrito su propio
220 testimonio. Que a otros muchos pueblos les ha ocurrido lo

[96] De acuerdo con POLYHÍSTOR (fr. 19), Teófilo trató de las relaciones entre Hiram y Salomón; Teódoto, samaritano, es autor de una obra en verso *Sobre los judíos* (POLYHÍSTOR, fr. 9); Mnáseas (cf. *Contra Apión* I 94 y II 112) vivió en el siglo III; Hermógenes escribió una obra sobre Frigia; Evémero, conocido por su explicación racionalista de los mitos griegos, escribió una novela titulada *Historia Sagrada;* Aristófanes es tal vez el bibliotecario alejandrino. Conón y Zopirión son desconocidos.

[97] Eupólemo y Filón el Viejo son escritores judíos que Josefo toma por griegos. A Demetrio Falereo, ateniense, parece que Josefo lo confunde con otro Demetrio, historiador judío.

[98] *Contra Apión* I 3-4 y 59.

mismo por la animosidad de algunos creo que es un hecho conocido por los lectores más asiduos de los libros de historia; en efecto, algunos han intentado manchar la reputación de pueblos y de ciudades muy ilustres, y difamar su forma
de gobierno. Teopompo[99], la de los atenienses, Polícrates, la 221
de los lacedemonios, el autor de *Tres ciudades* —que no es Teopompo, como creen algunos— ha destrozado a Tebas. También Timeo[100], en sus *Historias,* ha calumniado a las
ciudades mencionadas y a otras más. Atacan sobre todo a los 222
personajes más célebres, unos por envidia o maldad, otros pensando que la novedad de su lenguaje les va a hacer dignos de recuerdo. Entre los necios no han visto frustrada su esperanza, pero las personas de sano juicio condenan su perversidad.

Los egipcios, primeros autores de estas calumnias

Las calumnias contra nosotros comenzaron 223 25
con los egipcios; después, algunos autores, queriendo agradarles, intentaron alterar la verdad, y ni reconocen la llegada de nuestros antepasados a Egipto tal como
ocurrió, ni cuentan con veracidad su salida de allí. Los 224
egipcios han tenido muchos motivos de odio y de envidia. Primero, la dominación que nuestros antepasados ejercieron sobre su país[101] y su prosperidad cuando se marcharon de allí a su propia tierra. Luego, la diferencia entre nuestras

[99] Teopompo de Quíos (378-300 a. C. aproximadamente) tenía fama de ser un escritor áspero y calumniador (cf. NEPOTE, *Alcibiades* 11). Las *Tres ciudades* era un panfleto contra Atenas, Esparta y Tebas, obra del sofista Anaxímenes, que lo puso bajo el nombre de su enemigo Teopompo (cf. PAUSANIAS, IV 18, 3).

[100] Apodado «Detractor» por su maledicencia.

[101] En tiempos del patriarca José, a quien Josefo relaciona con los hicsos.

235 ser ochenta mil, y los envió a las canteras[105] al este del Nilo para que trabajaran y estuvieran separados de los demás egipcios. Según Manetón, entre ellos había algunos sabios
236 sacerdotes, afectados por la lepra. Entonces Amenofis, el sabio adivino, tuvo miedo de atraer hacia sí y hacia el Rey la cólera de los dioses si les forzaba a dejarse ver, y previendo que algunas gentes se aliarían con los impuros y dominarían Egipto durante trece años, no se atrevió a comunicárselo al Rey; lo dejó todo escrito y se suicidó. El Rey cayó en el
237 desaliento. A continuación Manetón dice textualmente lo siguiente: «Llevaban ya bastante tiempo sufriendo en las canteras, cuando el Rey a quien habían pedido que les concediera alojamiento y protección consintió en cederles Avaris,
238 la ciudad de los pastores, entonces deshabitada. Esta ciudad, según la tradición teológica, estaba consagrada desde sus orígenes a Tifón. Llegaron allí y tomando el lugar como base de operaciones para una revuelta, eligieron como jefe a uno de los sacerdotes de Heliópolis llamado Osarsef[106] y
239 juraron obedecerle en todo. Éste les impuso como primera ley que no adoraran a los dioses, que no se abstuvieran de ninguno de los animales considerados más sagrados por la ley divina en Egipto[107], sino que los sacrificaran y los comieran, y que no se unieran con nadie excepto con los hombres
240 ligados por el mismo juramento. Después de haber dictado estas leyes y otras muchas totalmente contrarias a las costumbres egipcias, mandó que una multitud de obreros reparara los muros de la ciudad y se prepararan para la guerra

[105] Son las canteras de Tura, citadas por HERÓDOTO, II 8 y 124, que suministraron el material para las pirámides.

[106] Aunque Osarsef es identificado con Moisés, parece una transformación de José, sustituyendo la primera sílaba, erróneamente considerada derivada del hebreo Yahvéh, por el comienzo del nombre de Osiris.

[107] Cf. TÁCITO, *Historias* V 4.

contra el rey Amenofis. Con el apoyo de otros sacerdotes y 241
de algunas personas contaminadas como él, envió una embajada a los pastores expulsados por Tetmosis a la ciudad llamada Jerusalén y, exponiéndoles su situación y la de sus compañeros ultrajados como él, les invitó a unirse a ellos en una expedición contra Egipto. Les prometió conducirlos 242
primero hacia Avaris, la patria de sus antepasados, proporcionar abundantemente lo necesario a la muchedumbre y combatir por ellos cuando fuera preciso y someter fácilmente el país. Éstos, llenos de alegría, se apresuraron a emprender 243
la marcha todos juntos, unos doscientos mil hombres, y poco después llegaron a Avaris. Cuando tuvo conocimiento de la invasión, el rey de Egipto Amenofis se sintió bastante turbado, pues recordaba la predicción de Amenofis, hijo de Paapis. Primero reunió una multitud de egipcios y tras 244
deliberar con sus jefes, mandó a buscar los animales sagrados más venerados en los templos y encomendó a los sacerdotes de cada distrito que ocultaran las imágenes de los dioses en el lugar más seguro. A su hijo Seti, también llamado Ramsés 245
por su abuelo Ramsés, que contaba cinco años de edad, se lo confió a su amigo. Él cruzó el Nilo con los demás egipcios, unos trescientos mil hombres muy bien adiestrados, y aunque salió al encuentro de sus enemigos, no entabló batalla; pues 246
pensaba que no había que combatir contra los dioses. Desanduvo el camino hacia Menfis, donde tomó el Apis y los demás animales sagrados que había mandado llevar a ese lugar, y luego, sin tardanza, subió a Etiopía con todo su ejército y el pueblo de Egipto, pues el rey de los etíopes estaba obligado a él por agradecimiento. Éste le acogió y 247
alimentó a toda esa multitud con los productos apropiados para el consumo humano que producía la tierra y les proporcionó ciudades y aldeas suficientes para el exilio de trece años impuesto por el destino a Amenofis lejos de su reino y

259 ¿Por qué no se opuso inmediatamente al deseo del Rey de ver a los dioses? ¿Era razonable su temor a desgracias que no iban a suceder durante su vida o acaso podía sucederle
260 algo peor que su precipitado suicidio? Pero veamos lo más absurdo de todo: el Rey, informado de estos hechos y temeroso del futuro, no sólo no expulsó, ni siquiera entonces, del territorio a aquellos enfermos de los que se le había ordenado limpiar Egipto, sino que accedió a su petición y, según Manetón, les entregó la ciudad que en otro tiempo había
261 sido habitada por los pastores, llamada Avaris. Dice que se reunieron allí y eligieron un jefe entre los antiguos sacerdotes de Heliópolis, y que éste les enseñó a no adorar a los dioses, a no abstenerse de comer los animales reverenciados entre los egipcios, sino a sacrificarlos y comer de todos ellos, y a no unirse con nadie que no estuviera ligado por el mismo juramento. Hizo jurar al pueblo el compromiso de fidelidad a estas leyes y, tras haber fortificado Avaris, declaró la
262 guerra al Rey. Añade Manetón que envió una embajada a Jerusalén, invitando a los habitantes a unirse a ellos con la promesa de entregarles Avaris, pues esta ciudad había pertenecido a los antepasados de los que vendrían de Jerusalén. Éstos, partiendo de ella, se apoderarían de todo Egipto.
263 Dice a continuación que con doscientos mil soldados atacaron al Rey de Egipto, Amenofis, quien pensando que no debía luchar contra los dioses, huyó inmediatamente a Etiopía después de haber confiado a los sacerdotes la custodia de
264 Apis y otros animales sagrados. Entonces los jerosolimitanos que habían invadido el país revolucionaron las ciudades, incendiaron los templos y degollaron a los sacerdotes: en una palabra, no retrocedieron ante ningún crimen ni ninguna
265 brutalidad. El sacerdote que les había dado su constitución y sus leyes era, según Manetón, originario de Heliópolis, llamado Osarsef por el dios de Heliópolis, Osiris, y cambió

su nombre por el de Moisés. Trece años después —ése era el 266
tiempo del exilio fijado por el destino—, Amenofis, según Manetón, llegó de Etiopía con un numeroso ejército, atacó a los pastores y a los impuros, los venció en el combate y mató a muchos tras perseguirlos hasta las fronteras de Siria[111].

Aquí todavía no es consciente Manetón de la inverosimi- 267 29
litud de sus falsedades. Pues los leprosos y la muchedumbre que les acompañaba, aunque al principio estuvieran indignados contra el Rey y contra los demás que les habían tratado de esa manera de acuerdo con la predicción del adivino, cuando salieron de las canteras y recibieron del Rey una ciudad y un territorio, sin duda se mostrarían más
afables con él. Y si hubieran seguido odiándole, habrían podido 268
conspirar contra él solo sin declarar la guerra a todos los egipcios, pues siendo ellos tan numerosos, es evidente que
tendrían entre ellos muchos parientes. Y aunque se hubieran 269
decidido a luchar contra otros hombres, no se habrían atrevido a hacerlo contra sus dioses, ni habrían redactado unas leyes totalmente contrarias a las de sus padres, en las cuales
se habían educado. Debemos agradecer a Manetón que diga 270
que la violación de las leyes no se debió a la iniciativa de los que habían llegado de Jerusalén, sino de los mismos egipcios y que fueron los sacerdotes, sobre todo, los que lo propusieron
e hicieron prestar juramento a la multitud. ¿Cómo no con- 271
siderar absurdo eso de que, cuando ninguno de sus parientes ni de sus amigos se unió a ellos en la revuelta ni tomó parte en los peligros de la guerra, los contaminados enviaran una
embajada a Jerusalén y obtuvieran de allí una alianza? ¿Qué 272
amistad o parentesco previo existía entre ellos? Al contrario, eran enemigos y sus costumbres muy distintas. Según él,

[111] Repetición casi textual en 260-266 de lo dicho en 237-250.

LIBRO II

Plan de refutación de Apión

A lo largo del libro primero, mi muy 1 1
estimado Epafrodito, he mostrado la ver-
dad sobre la antigüedad de nuestro pueblo,
apoyándome en los escritos de los fenicios,
caldeos y egipcios, y presentando como
testigos a muchos historiadores griegos. También he mante-
nido una controversia con Manetón, Queremón y algunos
otros. Comenzaré ahora a refutar a los restantes autores que 2
han escrito contra nosotros. Sin embargo, dudo que merezca
la pena rebatir al gramático Apión [126], pues en sus escritos 3
repite lo mismo que otros han dicho antes, ha añadido otras
cosas que le dejan a uno frío, la mayor parte son bufonadas
y, a decir verdad, dan prueba de una gran ignorancia, como
propias de un hombre de carácter mezquino que fue un
charlatán toda su vida. Pero como la mayoría de los hombres, 4
debido a su insensatez, se sienten más atraídos por los
relatos de este tipo que por los escritos serios, y se deleitan
con las injurias y, en cambio, se enojan con los elogios, he

[126] Apión, nacido en Egipto, estudió en Alejandría y enseñó retórica en Roma. En tiempos de Calígula desempeñó un papel activo en la revuelta antijudía. Escribió una *Historia de Egipto* en cinco libros donde se incluían algunos de sus ataques a los judíos, y una obra de erudición sobre Homero.

lumniar a los judíos por haber hecho la guerra a Fiscón, cuando debería alabarlos por ello. También menciona a Cleopatra, la última reina de Alejandría, y nos reprocha la hostilidad que nos demostró en vez de ocuparse en censurarla
57 a ella, que cometió toda clase de injusticias y de crímenes contra sus parientes, contra sus maridos, que además la amaban, o contra los romanos en general y los emperadores, benefactores suyos; que incluso llegó a matar en el templo a su hermana Arsínoe que no le había causado ningún daño [153]; que asesinó traidoramente a su hermano [154] y despojó a los
58 dioses patrios y las tumbas de sus antepasados [155]; que a pesar de haber recibido el reino del primer César, tuvo la osadía de rebelarse contra su hijo y sucesor, y seduciendo a Antonio con su pasión amorosa, lo convirtió en enemigo de su patria y traidor a sus amigos, despojando a unos de su
59 rango real y empujando a otros hasta el crimen. Pero ¿qué más se puede decir si, abandonando en el combate naval al que era su marido y padre de sus hijos, le obligó a entregar
60 su ejército y su mando para seguirla? Finalmente, cuando Alejandría fue tomada por César [156], se encontró en tal situación que no halló otra esperanza de salvación que el suicidio, por el hecho de que se había mostrado cruel y desleal con todos. ¿No crees que debemos estar orgullosos de que, como dice Apión, en tiempo de hambre se haya negado a repartir
61 trigo a los judíos? Ciertamente, ella recibió el castigo que merecía; nosotros, en cambio, contamos con César como el mayor testigo de la ayuda y la fidelidad que le prestamos

---

[153] El asesinato tuvo lugar en el templo de Ártemis en Éfeso según JOSEFO, *Antigüedades* XV 89, y en Mileto, según APIANO, *Bellum Civile* V 9.

[154] Su esposo y hermano Ptolomeo XV fue envenenado por ella en Roma, en el año 44 a. C.

[155] Cf. *Antigüedades* XV 90.

[156] Octavio, año 30 a. C.

contra los egipcios[157]; contamos también con el Senado, y sus decretos y con las cartas de César Augusto en las que se reconocen nuestros méritos. Apión debía haber examinado 62
esas cartas y haber analizado, según su género, los testimonios redactados bajo Alejandro y todos los Ptolomeos, así como lo establecido por el Senado y por los más importantes generales romanos. Pues si Germánico no pudo distribuir 63
trigo a todos los habitantes de Alejandría, ello es prueba de una mala cosecha y de la escasez de trigo, pero no es una acusación contra los judíos[158]; la opinión de todos los emperadores sobre los judíos que vivían en Alejandría es bien conocida. La administración del trigo les fue retirada a ellos 64
igual que a los demás alejandrinos, pero conservaron la gran confianza que en otro tiempo les habían otorgado los reyes, esto es, la custodia del río y de toda la [frontera][159], pues nunca fueron considerados indignos de ella.

Conducta ejemplar de los judíos de Alejandría

Pero Apión insiste: «¿Cómo es que, sien- 65 6
do ciudadanos, no adoran a los mismos dioses que los alejandrinos?» A lo cual yo respondo: ¿Por qué vosotros, que sois todos egipcios, peleáis unos contra otros encarnizadamente y sin tregua en una guerra religiosa[160]? ¿Acaso 66
dejamos de llamaros a todos vosotros egipcios y, en general, hombres, por adorar animales contrarios a nuestra naturaleza

[157] Julio César fue apoyado en su guerra con Alejandría por un contingente de judíos. Cf. *Antigüedades* XIV 127 ss.; *Guerra de los judíos* I 187 ss.

[158] Germánico, sobrino de Tiberio, visitó Egipto en el año 10 d. C. No repartió trigo a los judíos porque no los consideró ciudadanos.

[159] Cf. *Guerra de los judíos* I 175: un destacamento judío guardaba las vías de acceso a Pelusio.

[160] Para estas rivalidades entre cultos locales, cf. JUVENAL, *Sátira* 15, 33 ss.; *Contra Apión* I 225.

La absurda leyenda de la adoración de una cabeza de asno

7 79 Admiro también a los que han dado pábulo a tales cosas, me refiero a Posidonio [164] y Apolonio Molón, porque nos acusan de no dar culto a los mismos dioses que los demás. Para ello mienten igualmente e inventan calumnias absurdas sobre nuestro templo, sin darse cuenta de que actúan impíamente, aunque no hay nada más vergonzoso para los hombres libres que mentir, por el motivo que sea y, sobre todo, a propósito de un templo famoso entre todos los hombres y apreciado por su gran santidad.
80 Apión se ha atrevido a decir que en ese santuario los judíos habían colocado una cabeza de asno a la que adoraban y consideraban digna de gran veneración [165]; afirma que el hecho se supo cuando Antíoco Epífanes saqueó el templo y
81 se encontró la cabeza, de oro y de un precio considerable. A esto le respondo en primer lugar que, aunque tal cosa hubiera existido entre nosotros, él, como egipcio, no tendría nada que reprocharnos, porque el asno no es inferior a los hurones, los machos cabríos u otros animales que los egipcios tienen
82 por dioses. En segundo lugar, ¿cómo no se ha dado cuenta de que los hechos le censuran su increíble mentira? Siempre hemos tenido las mismas leyes, de las cuales nos servimos constantemente, y cuando circunstancias adversas han cubierto de vejaciones a nuestra ciudad, igual que a

---

[164] Posidonio de Apamea (135-51 a. C. aproximadamente), filósofo estoico e historiador, amigo de Pompeyo y de Cicerón.

[165] Esta calumnia aparece de distintas formas. TÁCITO, *Historias* V 3 ss., refiere que Moisés, siguiendo una manada de asnos salvajes, descubrió agua en el desierto. DIODORO (fr. XXXIV) afirma que Antíoco Epífanes encontró en el templo la estatua de un hombre barbado (Moisés), cabalgando sobre un asno. La calumnia del culto al asno pasó posteriormente a los cristianos (cf. TERTULIANO, *Apología* 16).

otras, y Antíoco el Piadoso[166], Pompeyo el Grande, Licinio Craso[167] y, recientemente, Tito César, vencedores en la guerra, han ocupado el templo[168], no han encontrado allí nada semejante, sino el más puro sentido religioso, sobre el cual no tenemos nada que ocultar a los demás. Pero que Antíoco 83
saqueó injustamente el templo[169], a lo que llegó por necesidad de dinero sin haberse declarado enemigo, que nos atacó a nosotros, sus aliados y amigos, y que no encontró allí nada ridículo, lo han atestiguado muchos y dignos historiadores, 84
como Polibio de Megalópolis, Estrabón el Capadocio, Nicolás de Damasco, Timágenes[170], el cronógrafo Cástor[171] y Apolodoro[172]. Todos dicen que Antíoco, escaso de dinero, violó los pactos y saqueó el templo de los judíos, que estaba lleno de oro y plata. Esto es lo que Apión debiera haber tenido en 85
cuenta si él mismo no hubiera tenido un corazón de asno y una desvergüenza de perro, animales a los que suelen adorar los de su raza. Su mentira está fuera de cualquier razonamiento. Nosotros no concedemos honor ni prerrogativa 86
alguna a los asnos, como hacen con los cocodrilos o las víboras los egipcios, que consideran dichosos y merecedores de la divinidad a los que son mordidos por las víboras o devorados por los cocodrilos. Entre nosotros como entre 87
otras gentes sensatas, los asnos transportan la carga que se

---

166 Antíoco Sidetes, llamado el Piadoso, tomó Jerusalén en el año 130 a. C. (cf. *Antigüedades* XIII 244).

167 Licinio Craso fue gobernador de Siria los años 54-53 a. C. (cf. *Antigüedades* XIV 105 ss.).

168 Año 70 d. C.

169 Año 167 a. C. (cf. *I Macabeos* 1, 54 ss.).

170 Historiador del siglo I a. C.

171 Cf. I 184.

172 Autor de una obra histórica y de una obra sobre mitología griega, vivió en el siglo II a. C.

les pone encima, y si se acercan a las eras a comer o no cumplen su tarea reciben muchos golpes, ya que se utilizan
88 en el trabajo y en la agricultura. Pero, o Apión es muy torpe para inventar mentiras o no ha sabido concluirlas justamente a partir de un hecho, pues ninguna calumnia contra nosotros puede tener éxito.

Otra calumnia: el asesinato ritual

8 89 Apión cuenta otra fábula de procedencia griega, que está llena de maldad contra nosotros. Sobre esto bastará decir que, si alguien se atreve a hablar de religiosidad, conviene que no ignore que es menos impuro violar el recinto del templo que calumniar a los sacerdotes.
90 Pero estos autores dedican más atención a defender a un rey sacrílego que a escribir los hechos exactos y verídicos sobre nosotros y sobre nuestro templo. Quieren defender a Antíoco y encubrir la deslealtad y el sacrilegio que cometió contra nuestro pueblo a causa de su escasez de dinero, inventando contra nosotros la calumnia que voy a referir a continuación.
91 Apión se ha convertido en el portavoz de los otros y dice que Antíoco encontró en el templo un lecho donde había un hombre acostado y delante de él una mesa llena de manjares, peces, animales terrestres y volátiles. El hombre estaba estu-
92 pefacto. Al entrar el Rey, le saludó al instante con adoración, como si le trajese un gran alivio. Cayendo de rodillas, con la mano derecha extendida, le pidió su libertad. El Rey le dijo que confiara en él y le dijera quién era, por qué vivía allí y cuál era la razón de aquella comida. Entonces el hombre, entre gemidos y lágrimas, le contó su desgracia en tono
93 lastimoso. Dijo, continúa Apión, que era griego y que mientras recorría la provincia ganándose la vida, había sido capturado de repente por hombres de raza extranjera que le habían llevado al templo y encerrado allí. No dejaban que

nadie le viera y le preparaban toda clase de manjares para
que engordara. Al principio, tuvo aquello por un inesperado 94
beneficio y le produjo contento, luego sospechas, y más
tarde estupor. Finalmente, tras preguntar a los servidores
que le atendían, conoció la ley inefable de los judíos, en
nombre de la cual era alimentado, constumbre que practica-
ban todos los años en una época determinada. Atrapaban a 95
un viajero griego y lo cebaban durante un año. Luego lo
llevaban a un bosque donde lo mataban. Sacrificaban su
cuerpo según sus ritos, comían sus vísceras y, durante la
inmolación, juraban mantener su enemistad contra los grie-
gos; luego, arrojaban a una fosa los restos de la víctima.
Refiere después Apión que aquel hombre había dicho que le 96
quedaban ya pocos días de vida y que había suplicado al
Rey que por respeto a los dioses de los griegos y para vencer
las insidias de los judíos contra su raza, le librase de los
males que le amenazaban. Semejante fábula no sólo está 97
llena de toda clase de efectos dramáticos, sino que abunda
en cruel desvergüenza y no libra a Antíoco del sacrilegio
como creen los que han escrito esto en su favor. En efecto, 98
éste no entró en el templo porque sospechara algo semejante,
sino que, como dicen, lo encontró allí inesperadamente.
Fue, pues, deliberadamente injusto, impío y ateo, sea cual
sea el exceso de falsedad que con toda facilidad se percibe en
el relato. Como es sabido, nuestras leyes no se diferencian 99
solamente de las de los griegos, sino también, y sobre todo,
de las de los egipcios y de las de otros muchos pueblos.
Ahora bien, ¿cuál de estos pueblos no ha tenido que viajar
alguna vez por nuestra tierra? ¿Y por qué íbamos a actuar
sólo contra los griegos derramando su sangre en una conjura
renovada? ¿Cómo es posible que todos los judíos se reunieran 100
junto a estas víctimas y que sus vísceras bastaran para que
las probaran tantos miles de hombres, según dice Apión?

cipio, si verdaderamente nuestros antepasados fueron expulsados por sus parientes egipcios no por su maldad, sino
123 por sus enfermedades. De los griegos estamos demasiado alejados tanto por la situación geográfica como por las costumbres para que sintamos hacia ellos odio o envidia. Al contrario, ha ocurrido que muchos de ellos han adoptado nuestras leyes; algunos las han conservado, otros no sopor-
124 taron su rigidez y las abandonaron. Pero ninguno de ellos ha dicho jamás que nos haya oído pronunciar ese juramento. Al parecer, únicamente Apión lo ha oído: la razón es que él mismo lo ha inventado.

Las calamidades de los judíos son una prueba de la injusticia de sus leyes

11 125 También merece admiración la extraordinaria sagacidad de Apión por lo que voy a decir. Afirma que la prueba de que nuestras leyes no son justas y de que no adoramos a Dios como se debe es que no somos amos sino esclavos, unas veces de una nación, otras de otra, y que nuestra ciudad ha sufrido diversas desgracias. Como si ellos estuvieran acostumbrados desde la Antigüedad a ser dueños de la ciudad más apta para
126 gobernar y no a estar dominados por los romanos. ¿Quién podría tolerar de ellos una jactancia semejante? Entre los demás hombres nadie podría admitir que el discurso de
127 Apión no se dirige convenientemente hacia él mismo. Pocos pueblos han tenido la oportunidad de dominar durante un cierto tiempo, y a éstos también los han sometido al yugo extranjero los reveses de la fortuna: los pueblos en su mayoría
128 han estado sometidos a otros con frecuencia. Sólo los egipcios tuvieron el privilegio excepcional de no servir a ninguno de los dominadores de Asia o de Europa, porque los dioses, según dicen ellos, se refugiaron en su país y se salvaron

adoptando figura de animales[183], ellos, que no han tenido un solo día de libertad en ninguna época, ni siquiera con sus reyes nacionales. No voy a echarles en cara el trato que reci- 129
bieron de los persas, que no una vez, sino muchas, asolaron sus ciudades, destruyeron sus templos y degollaron a los que tomaron por dioses. No conviene imitar la ignorancia de 130
Apión, quien no ha considerado las desgracias de los atenienses ni las de los lacedemonios, a pesar de que, según la opinión general, han sido, los unos, los más valientes, y los otros, los más piadosos de los griegos[184]. Paso por alto las 131
desgracias que les sucedieron durante su vida a reyes famosos por su piedad como Creso; omito el incendio de la Acrópolis de Atenas, el del Templo de Éfeso, el de Delfos y miles más; nadie ha reprochado estos desastres a sus víctimas, sino a sus autores. Apión ha encontrado una nueva forma de acu- 132
sación contra nosotros, olvidándose de las desgracias de su propio país, Egipto; sin duda le ha cegado Sesostris, el mítico rey de Egipto[185]. ¿No podríamos citar nosotros a nuestros reyes David y Salomón que sometieron a muchos pueblos? Pues bien, dejémoslos; pero es que Apión ignora lo 133
que todo el mundo conoce, que los egipcios, sin diferenciarse nada de los esclavos, sirvieron a los persas y después a los macedonios, los siguientes dominadores de Asia. En cambio 134
nosotros fuimos libres y dominamos incluso las ciudades de alrededor durante ciento veinte años aproximadamente, hasta la época de Pompeyo el Grande[186]. Y cuando los romanos hubieron vencido en la guerra a todos los reyes, sólo a los

---

183 Cf. OVIDIO, *Metamorfosis* V 321-331.

184 Cf. *Hechos de los Apóstoles* 17, 22.

185 Posible alusión a la ceguera que sufrieron Sesostris y su hijo. Cf. HERÓDOTO, II 111.

186 Desde la insurrección de los Macabeos en 168 a. C.

incluso nuestros detractores—, se mostró como el mejor guía y consejero del pueblo. Y después de haber determinado en su legislación toda la organización de la vida de los hombres, los persuadió a aceptarla y dispuso que fuera conservada sin modificaciones para siempre.

La obra de Moisés

16 157 Veamos la primera gran obra de Moisés. Cuando nuestros antepasados decidieron abandonar Egipto para regresar a la tierra de sus padres, fue él quien se hizo cargo de aquellos millares de hombres, los libró de numerosas dificultades y los puso a salvo. Tuvieron que atravesar un desierto sin agua y con grandes extensiones de arena, vencer en combate a los enemigos y defender a sus
158 hijos, sus mujeres y también el botín[191]. En todo esto se mostró el mejor jefe, el consejero más prudente y el más auténtico protector de todos. Dispuso que el pueblo entero dependiera de él y aunque contaba con la obediencia de
159 todos, no se aprovechó de ello para su beneficio personal. En las circunstancias en que los jefes adquieren el poder absoluto y la tiranía y acostumbran a los pueblos a vivir sin leyes, Moisés, elevado a ese grado de poder, consideró, por el contrario, que debía vivir piadosamente y proporcionar al pueblo las mejores leyes, considerando que era el mejor modo de manifestar su propia virtud y de procurar la salva-
160 ción más segura a los que lo habían elegido jefe. Como su intención era noble y el éxito coronaba sus acciones, pensó con razón que Dios era su guía y su consejero. Tras convencerse a sí mismo primero de que la voluntad divina inspiraba todos sus actos y todos sus pensamientos, creyó que, ante

[191] Cf. *Éxodo* 12, 35-37.

todo, debía inculcar esta idea en el pueblo, pues los que creen que Dios vela por sus vidas, no se permiten ningún pecado. Así fue nuestro legislador; no un mago ni un impos- 161
tor, como dicen injustamente los que nos calumnian, sino semejante a ese Minos que alaban los griegos y a los demás legisladores que le siguieron. Unos atribuyen sus leyes a Zeus, 162
otros las hacen remontar a Apolo y su oráculo de Delfos, porque creen que eso es verdad, o porque suponen que así van a ser obedecidas más fácilmente. Comparando unas leyes 163
con otras, podemos saber quién fue el que instituyó las mejores y encontró los preceptos más justos sobre la religión. Éste es el momento de hablar de ello.

Son innumerables las diferencias parciales de las cos- 164
tumbres y las leyes entre los hombres; pero se podrían resumir así: unos han confiado el poder político a las monarquías, otros a las oligarquías y otros al pueblo[192]. Nuestro 165
legislador, sin embargo, no puso su mirada en ninguna de estas formas de gobierno, sino que instituyó lo que podría llamarse, haciendo violencia a la lengua, teocracia[193], poniendo la soberanía y la autoridad en manos de Dios. Con- 166
venció a la gente de que se fijara sólo en Él, como autor de todos los bienes, los que son comunes a la humanidad y los que los mismos judíos han recibido por medio de sus plegarias en los momentos difíciles, y como alguien a cuyo conocimiento nada puede escapar, ni de nuestras acciones ni de nuestros pensamientos. Moisés lo representó como único, 167
no creado e inmutable por toda la eternidad; de belleza superior a toda forma mortal, cognoscible para nosotros por su poder, pero incognoscible en su esencia. No digo nada 168

[192] Clasificación platónica, que se encuentra también en otros autores como Polibio, Cicerón, etc.

[193] Esta palabra parece ser invención de Josefo.

las dirá todas con más facilidad que su propio nombre. Así, aprendiéndolas de memoria desde el despertar de la inteligencia, las tenemos grabadas en nuestras almas[196]; es raro que alguien las viole y es imposible eludir el castigo con excusas.

La unidad de creencias, motivo de la concordia entre los judíos

19 179 Ésta es ante todo la razón de nuestra admirable concordia: tener una sola e idéntica concepción de Dios y una perfecta uniformidad de vida y costumbres, lo cual produce una bellísima armonía en los ca-
180 racteres de los hombres. Somos los únicos de los que nadie podrá oír opiniones contradictorias acerca de Dios, cosa que es frecuente en otros pueblos, no sólo entre los hombres comunes, que hablan de la divinidad según el sentimiento que les invade, sino entre sus mismos filósofos, que se atreven en sus discursos a suprimir a Dios o a privarle de su providencia sobre los hombres. Tampoco
181 se encontrarán diferencias en las ocupaciones de nuestra vida. Nosotros tenemos trabajos comunes y sobre Dios una única doctrina conforme a la ley, según la cual nada escapa a su mirada. Que todas las ocupaciones de la vida han de tener como fin la piedad, es algo que se puede oír incluso a las mujeres y a los servidores.

Respeto de los judíos por la tradición

20 182 Ésta ha sido también la causa de la acusación que se nos ha hecho de no haber producido inventores de nuevas artes ni hombres de pensamiento[197]. En efecto, los otros pueblos piensan que está bien no mantener las costumbres de sus padres y consideran ex-

[196] Cf. *Deuteronomio* 6, 7; 11, 19.

[197] Cf. II 135 y 148.

traordinaria la sabiduría de los que se atreven a transgredirlas.
Para nosotros, por el contrario, la única sabiduría y la única 183
virtud consiste en no llevar a cabo absolutamente ninguna
acción ni tener ningún pensamiento contrario a las leyes
instituidas desde el principio. Lo que justamente podría
probar que la ley está bien establecida, pues cuando no es
así, los intentos de corregirla demuestran que tiene necesidad
de ello.

Principios de la teocracia

Para nosotros, que tenemos la convic- 184 21
ción de que la ley ha sido instituida desde
un principio según la voluntad de Dios,
sería impío no observarla. ¿Qué se podría
cambiar en ella? ¿Se podría encontrar algo
más hermoso? ¿Qué se podría introducir en ella de otras
leyes para mejorarla? ¿Se cambiaría el conjunto de la constitución? 185
¿Puede haber una ley más hermosa y más justa que la que
atribuye a Dios el gobierno de todo el Estado y encarga a los
sacerdotes que lo administren, confiando al sumo sacerdote
la autoridad sobre los demás? El legislador, desde el principio, 186
no puso a éstos en su rango por su riqueza o por otras
ventajas accidentales, sino que encargó principalmente la
celebración del culto divino a quienes aventajaban a los
demás en elocuencia y sabiduría. Esto comprendía la rigurosa 187
observancia de la ley y de las otras ocupaciones. Pues los
sacerdotes fueron los encargados de vigilar a todos, de dirimir
los litigios y de castigar a los condenados.

¿Puede existir un gobierno más santo que éste? ¿Se puede 188 22
honrar a Dios de manera más conveniente que preparando
a todo el pueblo para la piedad y confiando a los sacerdotes
funciones elegidas, de modo que toda la administración del
Estado esté organizada como una ceremonia religiosa? Aun 189
dedicándoles un corto número de días, los otros pueblos no

unirse más que con su mujer; seducir a la mujer de otro es un
pecado. Si alguien lo hiciera, ninguna excusa le libraría de la
muerte, y tampoco si hubiera violentado a una virgen pro-
202 metida a otro o si hubiera seducido a una casada[205]. La ley
ordena alimentar a todos los hijos y prohíbe a las mujeres
abortar o destruir el semen por cualquier otro medio; una
mujer sería considerada infanticida por destruir una vida y
disminuir la raza[206]. Por la misma razón, si alguien tiene
relaciones con una mujer después de su parto, no puede ser
203 considerado puro[207]. Incluso después de las relaciones legíti-
mas de marido y mujer, la ley prescribe abluciones[208]; supone
que el alma se contamina al haber pasado a otro lugar, pues
el alma sufre por estar albergada en el cuerpo y también
cuando se separa de él por la muerte[209]. Por eso la ley ha
ordenado purificaciones en todos esos casos.

La educación de los niños

25 204 La ley no permite que en el nacimiento de los niños se celebren fiestas que sirvan de pretexto para embriagarse; al contrario, ha dispuesto la sobriedad en el inicio de su educación. Ordena que se enseñe a los niños a leer y que aprendan las leyes y las acciones de sus antepasados[210]; éstas para que puedan imitarlas y aquéllas para que, educados en ellas, no las transgredan poniendo como excusa su ignorancia.

---

205 Cf. *Deuteronomio* 22, 22-27; *Levítico* 20, 10.

206 La ley no contiene ninguna disposición contra el aborto.

207 Cf. *Levítico* 12.

208 Cf. *Levítico* 15, 18.

209 Idea esenia; cf. *Guerra de los judíos* II 154 ss.

210 Cf. *Deuteronomio* 6, 7; 11, 19.

Ritos funerarios

La ley ha previsto ceremonias piadosas 205 26
para con los muertos, que no consisten en entierros lujosos ni en distinguidos monumentos funerarios[211], sino en confiar a los familiares más cercanos el cumplimiento de los ritos fúnebres; todos los que se encuentran con el cortejo deben unirse a la familia y llorar con ella[212]. Después de la ceremonia se debe purificar la casa y a sus habitantes[213].

Respeto a los padres y otros mandatos

La ley ordena el respeto a los padres en 206 27
segundo lugar, después del respeto a Dios[214] y condena a la lapidación[215] a quien no corresponda a sus beneficios o les falte en lo más mínimo. Dice que los jóvenes deben respetar a todo anciano[216] ya que Dios es la suprema
ancianidad[217]. No permite que se oculte nada a los amigos, 207
pues no existe amistad sin una confianza absoluta[218]. Y si surge una enemistad, prohíbe revelar los secretos. Si un juez acepta soborno, es castigado con la muerte[219]. Mostrar indiferencia ante un suplicante al que se pueda ayudar implica

---

[211] No hay ninguna prescripción a este respecto en la Ley, pero sí la hay en el Talmud.

[212] Tampoco hay nada de esto en la Ley, y sí en el Talmud.

[213] Cf. *Números* 19, 11 ss.; *Levítico* 21, 1; 22, 4.

[214] Cf. *Éxodo* 20, 12; *Deuteronomio* 5, 16.

[215] Cf. *Deuteronomio* 21, 18 ss.

[216] Cf. *Levítico* 19, 32.

[217] En *Daniel* 7, 9, Dios es llamado «el anciano de muchos días».

[218] Doctrina esenia (cf. *Guerra de los judíos* II 8, 7) que no aparece en la Ley.

[219] Cf. *Éxodo* 23, 8; *Deuteronomio* 16, 19; 27, 25. Pero en ningún lugar se menciona la pena de muerte.

208 culpabilidad[220]. Nadie podrá coger lo que no ha dejado en depósito[221], ni tocar lo que pertenezca a otros[222]; no se devengarán intereses[223]. Éstas y otras muchas normas semejantes regulan nuestra vida en común.

Sobre los entranjeros

28 209 Es digna de tener en cuenta la preocupación del legislador por la equidad para con los extranjeros. Está claro que ha previsto la mejor manera de que no corrompamos nuestras costumbres ni impidamos
210 que las compartan con nosotros los que lo deseen. Acepta con benevolencia a cuantos quieran venir a vivir bajo nuestras mismas leyes, considerando que el parentesco no se produce sólo por el linaje, sino también por la elección de la forma de vida[224]. Sin embargo, no quiso que se mezclasen en nuestra vida privada los que vienen de paso.

Humanidad de la ley

29 211 Nos ha dado otros mandatos cuya exposición es obligada: proporcionar fuego, agua y alimentos a cuantos lo necesiten, mostrar el camino[225], no dejar a nadie sin sepultura[226] y ser justos incluso con los enemigos
212 declarados. En efecto, no permite devastar su país con incendios[227], ni talar los árboles frutales[228]; incluso prohíbe

---

[220] Sólo como precepto moral; cf. *Deuteronomio* 15, 7 ss.

[221] Cf. *Levítico* 5, 21.

[222] Cf. *Éxodo* 20, 15; 22, 1 ss.; *Levítico* 19, 11; *Deuteronomio* 5, 17.

[223] Cf. *Éxodo* 22, 25; *Levítico* 25, 36 y ss.; *Deuteronomio* 23, 7.

[224] Cf. *Éxodo* 22, 21; 23, 9; *Levítico* 19, 33; *Deuteronomio* 9, 19; 23, 7.

[225] Cf. *Deuteronomio* 27, 18.

[226] Cf. *Deuteronomio* 21, 23.

[227] No aparece en la Ley.

[228] Cf. *Deuteronomio* 20, 19.

despojar a los caídos en combate[229] y se ha preocupado de
que se evite el ultraje a los prisioneros, y sobre todo a las
mujeres[230]. Nos ha dado tan cumplida lección de clemencia 213
y humanidad que ni siquiera ha descuidado a los animales
irracionales, autorizando su uso solamente según la ley y
prohibiéndolo en cualquier otro caso[231]. No se debe matar a
los animales que se refugian en las casas buscando protec-
ción[232]. Tampoco permite que se mate a los padres junto con
las crías[233], y ordena que, incluso en territorio enemigo, se
respete a los animales de labor y que no se les mate[234]. Así 214
se ha preocupado en todo de la moderación, sirviéndose de
las leyes mencionadas para enseñarnos y estableciendo contra
los transgresores sanciones que no admiten excusa.

Castigos y recompensas

En la mayoría de los casos, la transgre- 215 30
sión de la ley se castiga con la muerte: si
alguien comete adulterio[235], viola a una
muchacha[236], se atreve a seducir a un va-
rón[237], o si el seducido consiente. Si se
trata de esclavos la ley es igualmente inflexible. En lo que se 216
refiere a los delitos sobre medidas y pesos, la venta injusta y
fraudulenta, el robo, la sustracción de algo que no ha sido
dejado en depósito, todas estas faltas son castigadas con

---

229 No está en la Ley.

230 Cf. *Deuteronomio* 21, 10 ss.

231 Está prohibido hacer trabajar al buey y al asno en sábado. Cf. *Deuteronomio* 5, 14.

232 Esta prescripción no está en la Ley.

233 Cf. *Levítico* 22, 28; *Deuteronomio* 22, 6.

234 No está en la Ley.

235 Cf. *Levítico* 10, 20.

236 Solamente si la muchacha es virgen o está prometida. Cf. *Deuteronomio* 22, 23.

237 Cf. *Levítico* 20, 13.

penas[238] no semejantes a las de otras legislaciones, sino más
217 severas. Si alguien intenta cometer una injusticia con los
padres o una impiedad contra Dios, es castigado inmediata-
218 mente con la muerte[239]. Sin embargo, los que viven conforme
a la ley no reciben ninguna recompensa de plata o de oro, ni siquiera una corona de olivo o de apio o cualquier otra distinción semejante proclamada por el heraldo, sino que cada uno, con el testimonio de su propia conciencia y de acuerdo con la profecía del legislador y la firme promesa de Dios, confía en que quienes han observado las leyes y, si era necesario morir por ellas, han dado generosamente su vida, recibirán de Dios una nueva existencia y una vida mejor en
219 el ciclo de las edades. Yo dudaría en escribir estas cosas si por los hechos no estuviera claro para todo el mundo que muchos de los nuestros y en muchas ocasiones han preferido soportarlo todo valerosamente antes que pronunciar una sola palabra contra la ley.

La observancia de las leyes entre los judíos es admirable

31 220 Si nuestro pueblo no fuera conocido por todos los hombres y nuestra voluntaria
221 observancia de las leyes no fuera evidente, en el caso de que un autor que hubiera compuesto una historia se la leyera a los griegos o dijera que se había encontrado en cualquier parte fuera del mundo conocido con hombres que tienen una idea tan santa de Dios y que han permanecido fieles a esas leyes durante siglos, yo creo que todos se admirarían debido a los
222 continuos cambios que entre ellos se han producido. A los que han intentado redactar una constitución y unas leyes semejantes los griegos les han reprochado siempre el haber

[238] Cf. *Levítico* 19, 11-13, 35-36; *Deuteronomio* 25, 13 ss.

[239] Cf. *Deuteronomio* 21, 18; *Levítico* 24, 13.

compuesto algo, si bien maravilloso, fundado, según ellos, en bases imposibles. Paso por alto a los demás filósofos que se han ocupado de cuestiones semejantes en sus obras. Pero 223
Platón, admirado entre los griegos por haber superado a todos los filósofos por la dignidad de su vida y por la fuerza de su talento y su elocuencia persuasiva, es constantemente ridiculizado y poco menos que ultrajado por los que se consideran hábiles políticos. No obstante, si alguien exami- 224
na atentamente sus leyes, encontraría que son más fáciles que las nuestras y más cercanas a las costumbres de la mayoría; el propio Platón reconoce que no sería seguro inculcar la idea verdadera de Dios a la multitud ignorante[240].
Pero para algunos, las obras de Platón son sólo discursos 225
vacíos bellamente escritos y el legislador más admirado es Licurgo; todos alaban a Esparta por haberse mantenido fiel a sus leyes durante largo tiempo[241]. Así pues, hay que reco- 226
nocer que la obediencia a las leyes es una prueba de virtud. Pero que comparen los admiradores de los lacedemonios la duración de este pueblo con los más de dos mil años de nuestra constitución[242]. Y además, que reflexionen sobre esto: 227
los lacedemonios durante el tiempo que fueron independientes y tuvieron libertad, decidieron guardar con exactitud sus leyes, pero cuando los reveses de la fortuna les afectaron, las olvidaron casi todas. En cambio nosotros, que hemos sufrido 228
mil desgracias debidas a los cambios de los príncipes que reinaron en Asia, ni siquiera en los peligros más extremos hemos traicionado nuestras leyes, y no es que las hayamos seguido por pereza o molicie, sino que, si alguien quisiera

[240] Platón (*Timeo* 28c) dice no se puede comunicar a todo el mundo la verdadera naturaleza del demiurgo.

[241] Cicerón (*Pro Flaco* 63) y Plutarco (*Licurgo* 30), entre otros.

[242] Desde Moisés hasta Tito.

y engendrados de formas diversas. Los distinguen por sus
lugares de residencia y su forma de vida como a las especies
animales: unos bajo tierra[245], otros en el mar[246], los más
241 ancianos encadenados en el Tártaro[247]. A los dioses a los que
se ha asignado el cielo, se les ha sometido a uno que es padre
de nombre, pero de hecho es un tirano y un déspota. Por eso
imaginaron intrigas urdidas contra él por su esposa, su
hermano y su hija, a la que había engendrado de su cabeza,
para apoderarse de él y hacerle prisionero[248], como él mismo
había hecho con su padre.

4 242 Los hombres que se distinguen por su inteligencia consi-
deran esto, con razón, digno de censura y, además, encuentran
ridículo estar obligados a creer que unos dioses sean jóvenes
imberbes y otros ancianos barbudos; que se ocupen de dife-
rentes oficios: que uno sea herrero[249], otra tejedora[250], otro
guerrero y luche con los hombres[251], que otros toquen la
243 cítara[252] o se diviertan con el arco[253]. Además, se producen
disputas entre ellos y rivalidades por causa de los hombres,
hasta el punto de que no sólo llegan a las manos entre sí,
sino que, incluso, se lamentan de haber sido heridos y mal-
244 tratados por los mortales[254]. Y, en el colmo de la grosería,
¿no es absurdo que atribuyan a casi todos los dioses, varones
245 y hembras, uniones y amores sin freno? Después, el más no-

245 Hades, Perséfone.

246 Posidón, Anfitrite, Proteo.

247 Los Titanes.

248 Cf. HOMERO, *Ilíada* I 393.

249 Hefesto.

250 Atenea.

251 Ares.

252 Apolo.

253 Apolo y Ártemis.

254 Cf. HOMERO, *Ilíada* V 335 ss.; 375 ss.

ble y primero de todos, el propio padre, contempla con indiferencia cómo son apresadas o arrojadas al mar mujeres que, seducidas por él, quedaron encinta[255], y no puede salvar a sus propios hijos, sometido como está al destino, ni puede soportar su muerte sin llorar. Esto está muy bien; pero 246
aún hay más: en el cielo el adulterio es visto por los dioses con tanta desvergüenza que algunos reconocen, incluso, que envidian a los que están implicados en él[256]. Pues, ¿qué no iba a suceder cuando el más viejo, el rey, ni siquiera pudo reprimir el deseo de poseer a su esposa el tiempo de llegar a la alcoba[257]? Hay dioses que han estado al servicio de los 247
hombres: unas veces construyendo edificios[258] a cambio de un salario[259], otras, como pastores; otros están encadenados como malhechores en una cárcel de bronce[260]. ¿Qué hombre en su sano juicio no se sentiría empujado a reprender a los inventores de todo esto y a condenar la gran estupidez de los que lo admiten? Otros han divinizado el terror y el miedo, la 248
rabia y la astucia. ¿A cuál de entre las peores pasiones no han representado con la naturaleza y la forma de un dios? Han persuadido a las ciudades a que ofrezcan sacrificios a los más favorables. Así pues, se han visto en la necesidad 249
absoluta de creer que algunos dioses son otorgadores del bien y de denominar a otros «dioses que alejan las desgracias». En consecuencia, los desvían con favores y presentes igual que a los hombres más malvados, como si esperaran recibir algún mal de ellos si no les pagaran.

---

255 Dánae, Ío, Leto, Sémele.

256 Cf. HOMERO, *Odisea* V 118 s.

257 Cf. HOMERO, *Ilíada* XIV 312 ss.

258 Posidón y Apolo. Cf. *Ilíada* XXI 442-45.

259 Apolo. Cf. *Ilíada* XXI 448 ss.

260 Los Titanes.

Castigos de la impiedad entre los atenienses

262 Acerca de los lacedemonios no diré nada más. Pero los atenienses, que consideraban su ciudad común a todos, ¿qué actitud tuvieron a este respecto? Apolonio ha ignorado que castigaban implacablemente a quienes pronunciaban una sola palabra contra sus leyes
263 sobre los dioses. Pues ¿por qué razón murió Sócrates? Ni había entregado su patria a los enemigos ni había saqueado ningún templo; pero estableció nuevas fórmulas de juramento[263], y bromeando solía decir, por Zeus, que un demonio se comunicaba con él —según se cuenta—. Por eso fue
264 condenado a morir bebiendo la cicuta. Además, el acusador le culpaba de corromper a los jóvenes induciéndolos a despreciar la constitución y las leyes de la patria. Así pues,
265 Sócrates, ciudadano ateniense, sufrió tal castigo. Anaxágoras era de Clazómenas[264]; sin embargo, como los atenienses consideraban al sol un dios, mientras él decía que era una masa de metal incandescente, por muy pocos votos no lo
266 condenaron a muerte. Ofrecieron públicamente un talento por la cabeza de Diágoras de Melos[265] por burlarse de sus misterios, según se decía. Y Protágoras[266], si no se hubiera apresurado a huir, habría sido detenido y condenado a muerte por haber escrito algo que contradecía las opiniones
267 de los atenienses sobre los dioses. ¿Por qué iba a extrañarnos que actuaran así con hombres tan dignos de crédito si ni siquiera perdonaron la vida a las mujeres? En efecto, hicieron matar a la sacerdotisa Nino[267], que había sido acusada de iniciar en el culto de dioses extranjeros; esto estaba prohibido

---

[263] «Por el perro» era la fórmula de juramento favorita de Sócrates.

[264] 499-427, aproximadamente.

[265] Contemporáneo de Anaxágoras.

[266] Siglo V a. C.

[267] Introdujo cultos frigios.

por la ley entre ellos, y la pena para los que introducían un dios extranjero era la muerte. Los que tenían tal ley, eviden- 268
temente, no creían que los dioses de los otros pueblos lo fueran realmente, o no se habrían opuesto a la ventaja de disfrutar de un número de dioses mayor.

Los escitas y los persas también castigan la impiedad

Esto por lo que se refiere a los atenienses. 269
Los escitas, que se complacen en los sacrificios humanos y que no son muy diferentes de las bestias, creen, sin embargo, que deben proteger sus costumbres. A Anacarsis, a quien los griegos admiraban por su sabiduría, lo condenaron a muerte al regresar a su patria porque creyeron que volvía impregnado de las costumbres griegas[268]. También 270
entre los persas podríamos encontrar a muchos hombres castigados por la misma razón. Está claro que a Apolonio le agradaban las leyes de los persas y que sentía admiración por éstos, porque los griegos se beneficiaron de su valor y de la coincidencia con sus ideas religiosas. De esto último, cuando incendiaron sus templos, y de su valor, cuando por poco les hacen esclavos. Llegó a ser imitador de las costumbres persas, ultrajando a las mujeres extranjeras y mutilando a sus hijos. Entre nosotros, la pena establecida contra quien 271
maltrata así incluso a un animal irracional es la muerte[269]. Y nada tiene poder para apartarnos de estas leyes, ni el temor a nuestros señores, ni la envidia a las instituciones estimadas por otros pueblos.

No hemos ejercitado nuestro valor para emprender 272
guerras por ambición, sino para conservar nuestras leyes.

[268] Cf. HERÓDOTO, IV 76.

[269] Cf. *Levítico* 22, 24. Pero no se habla de pena de muerte.

284 de las leyes ante la tortura. Pero lo más admirable es que nuestra ley ha obtenido la fuerza por sí misma, sin el encanto seductor del placer; y de la misma manera que Dios está extendido por todo el universo, la ley ha avanzado entre todos los hombres. Cada hombre que reflexione sobre su
285 patria y su casa, no dudará de mis palabras. Es, pues, necesario que nuestros detractores acusen a todos los hombres de malicia voluntaria por haber querido seguir leyes extranjeras y malas en vez de las suyas propias y buenas o que dejen de
286 denigrarnos. Nosotros no pretendemos ninguna cosa criticable honrando a nuestro legislador y creyendo en sus palabras proféticas acerca de Dios; y aunque nosotros mismos no comprendiéramos la virtud de nuestras leyes, sin duda el gran número de hombres que las siguen nos hubiera inducido a tener un elevado concepto de ellas.

Recapitulación

10 287 En mis escritos sobre las *Antigüedades* he dado una explicación detallada de nuestras leyes y de nuestra constitución; lo he mencionado aquí en la medida en que era necesario, no para reprobar las costumbres de los otros ni para alabar las nuestras, sino para refutar a los que han escrito injustamente sobre nosotros, atacando
288 vergonzosamente la propia verdad. Creo haber cumplido suficientemente en esta obra la promesa que hice al principio. Efectivamente, he demostrado que nuestra raza se remonta a una antigüedad remota aunque nuestros acusadores dicen que es muy reciente. También he presentado muchos testigos antiguos que nos mencionan en sus obras, aunque para
289 nuestros detractores no exista ninguno. Ellos dicen que nuestros antepasados eran egipcios; yo he demostrado que llegaron a Egipto desde otro lugar. Ellos afirman falsamente que los judíos fueron expulsados de Egipto a causa de sus

enfermedades corporales. Ha quedado bien claro que regresaron a su tierra por voluntad propia y con una salud
excelente. Ellos han calumniado a nuestro legislador como al 290
más despreciable, pero Dios dio testimonio de su virtud en la Antigüedad, y después de Dios, el tiempo.

Conclusión

Sobre las leyes no hay necesidad de ex- 291 41
tenderse más. Pues han demostrado por sí mismas que no enseñan la impiedad sino la piedad más verdadera; que no invitan al odio sino a la participación de todos en los bienes; que son enemigas de la injusticia y que se preocupan de la justicia, rechazando la pereza y el lujo y enseñando la
moderación y el trabajo; que condenan las guerras de con- 292
quista, pero preparan a los hombres para que las defiendan valientemente; son inflexibles en los castigos, insensibles a los sofismas, apoyándose siempre en los actos, pues, para
nosotros, éstos son más claros que cualquier documento. Por 293
lo cual, me atrevería a decir que nosotros hemos iniciado a otros pueblos en muchas y hermosas ideas. Pues ¿qué puede haber más hermoso que la piedad inviolable? ¿Qué más
justo que la obediencia de las leyes? ¿Qué más beneficioso 294
que vivir en armonía unos con otros y no separarse en la adversidad ni provocar disensiones en la prosperidad por arrogancia, sino despreciar la muerte en la guerra, aplicarse a las artes o a la agricultura en la paz y creer que Dios extiende su mirada y su autoridad en todo y por todas
partes? Si estos preceptos hubieran sido escritos anteriormente 295
por otros pueblos o hubieran sido observados con más firmeza, nosotros, como discípulos, les deberíamos agradecimiento. Pero si vemos que nadie los observa mejor que nosotros y hemos demostrado que la invención de estas leyes es cosa nuestra, entonces, que los Apiones, los Molones

ÍNDICE DE NOMBRES

Ap. = *Contra Apión* *Vit.* = *Autobiografía*